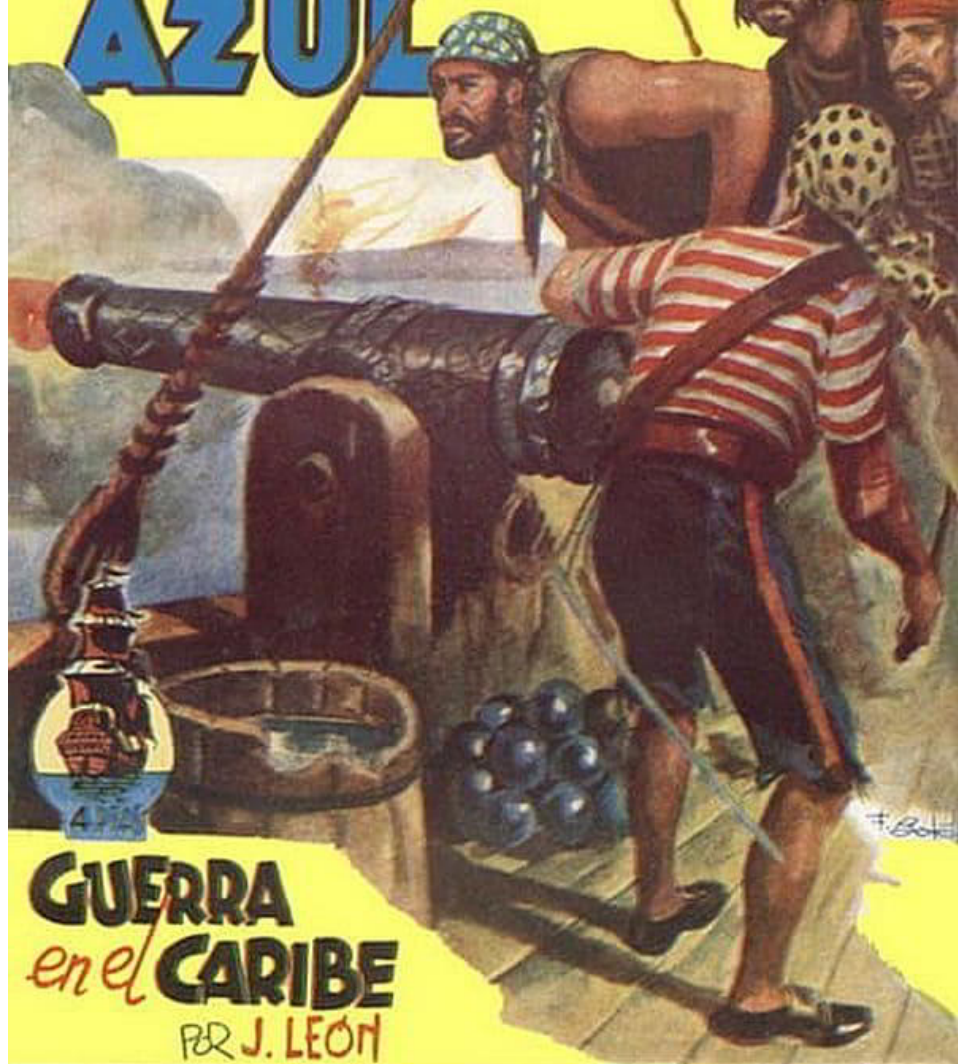


El **CORSARIO** **AZUL**



GUERRA
en el **CARIBE**
POR J. LEÓN

Continúa la incursión de El Corsario Azul. Trágica historia de amor entre el esclavo irlandés Henry Bruce y la huérfana explotada y maltratada Ailsa, afortunadamente con final feliz.



J. León

Guerra en el Caribe

El Corsario Azul - 8

ePub r1.0

Lds 26.05.18

Título original: *Guerra en el Caribe*

J. León, 1949

Dibujante portada e interiores: F. Batet

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



El **CORSARIO** **AZUL**

RO J. LEÓN



GUERRA EN EL CARIBE

Ediciones  Cliper



NOTA: Para mejor comprensión de esta novela, léase el número anterior, «EL ESTANDARTE AZUL».

CAPÍTULO PRIMERO

DONDE SE DEMUESTRA QUE LAS NOTICIAS CORREN DE PRISA

Navegaba «El Antillano» por un mar de plata, impregnado de los rayos de la luna. Las amplias veas, hinchadas por el viento se recortaban sobre un cielo azul tachonado de rutilantes estrellas.

En cubierta, los corsarios jugaban a cartas o a los dados, bajo un farol de aceite, o se agrupaban en torno a algún compañero que tañía la vihuela. Otros charlaban, recordando sus aventuras en Virginia. Jamestown quedaba lejos con sus mujeres que guardarían nostálgicamente en su memoria la breve estancia de los españoles, que, en un increíble alarde de audacia, asaltarán las dos ciudades más importantes de la colonia.

En verdad, se decían, valía la pena de seguir al capitán Villegas, aun a riesgo de exponer la vida. Con don Diego se corrían emocionantes aventuras, plagadas de peligros, se divertían siempre y ganaban dinero en abundancia. A cambio podían morir, ¿pero, qué era esto comparado con la gloria, con la aventura y con la alegría que les proporcionaba su capitán?

Calculaban los relatos que podrían explicar cuando volviesen a Santo Domingo y las rondas de vino que les valdrían, ya que todos los aventureros y los soldados de la ciudad les invitarían para poder oír de sus labios las peripecias pasadas y los incidentes de la toma de Jamestown. Además, los corsarios se sentían orgullosos de su jefe. Era agradable seguir a un hombre a quien todos temían como al propio diablo. Era el mejor acero de los cinco mares, el mejor

tirador de pistola del Caribe y el capitán más afortunado y más audaz de todas las fuerzas españolas. Por otra parte, los aventureros se afanaban de los triunfos de Villegas como de cosa propia. Al recordar a *lady* Arabella St. George y su fogosa pasión por don Diego, hinchaban el pecho como si ellos hubieran sido los afortunados.

En el puente, el capitán Villegas contemplaba el mar pensativamente. A su lado, Ohando y Pérez de Lerma aspiraban el aire fresco de la noche, mientras bebían largos tragos de vino. Fajeda, con una botella en la mano, tarareaba una vieja canción:

Run, tun, tuntún, tun,
tocino bien asado,
rancio y muy tostado.
Adelante hasta que
el vino a todos
nos haya bien ahogado.

—¿Qué piensas hacer ahora, Diego? —inquirió Martín.

—Sí —agregó el alférez—, dinos qué punto vamos a atacar.

—Las Bahamas —dijo el corsario—. Es un nido de piratas y quiero ofrecerlo al almirante como prueba de que esos bergantes no son invencibles. Quizá entonces se convenzan los mercaderes de que si me dan unas cuantas naves acabo con los bucaneros.

—Yo prefiero que no os lo concedan —intervino el catalán—. Si se acaban los filibusteros, concluyó la guerra, y entonces, ¿qué haremos nosotros?

Martín y el alférez quedaron silenciosos, pues no se les escapaba que esto era una gran verdad.

—Bah —exclamó Villegas—. Los soldados encontraremos siempre un lugar en el que nos den trabajo. Queda el Mediterráneo, infestado de piratas berberiscos.

—¡Cierto! —rió Pedro—. Y en cada puerto se encuentran mujeres que nos hacen olvidar las penalidades de la guerra.

Pérez de Lerma le miró extrañado.

—¿Cuáles son esas penalidades?

—Asimismo queda el Archipiélago Filipino, que los malayos

atacan constantemente.

—También son hermosas las tagalas —dijo el alférez.

—En Tierra Firme hay constantes rebeliones, indias sobre todo, en el Norte de Nueva España y en el Paraguay. O bien en Flandes encontraríamos plaza para luchar contra los rebeldes flamencos. —Hizo una pausa Diego y agregó—: Como veis, no nos ha de faltar ocupación.

—En este caso —asintió Fajeda—, podemos acabar con los filibusteros cuando convenga.

—Me interesa que me des datos acerca de las Bahamas, Martín —inquirió Villegas—. ¿Las has visitado?

—Sí, las he visitado. En cierta ocasión, un huracán empujó el buque en el que yo navegaba, que hacía la ruta desde San Agustín hasta La Habana y debimos refugiarnos en la Gran Bahama. A los tres días pasó el temporal. Como no hay agua en ninguna de las Bahamas, y tan sólo se puede beber la que recogen de la lluvia, nos dirigimos hacia Nueva Providencia, el puerto de Nassau, donde hay un gran poblado de pescadores. Durante la noche vimos un faro, pero el contraamaestre nos informó de que los pescadores de Nassau colocan faros junto a los arrecifes para atraer a los buques y hacerlos naufragar. De modo que nos mantuvimos en alta mar. Al día siguiente salió una flotilla de falúas y de bergantines que nos atacó. Afortunadamente el capitán de la nave había hecho la guerra y los ahuyentó a cañonazos. Como teníamos más vela, pudimos alejarnos con facilidad. —Hizo una pausa y continuó—: Un amigo mío, piloto también, fué hecho prisionero por los filibusteros bahameses y vivió en Providencia durante cinco meses, al cabo de los cuales logró huir. Me contó cosas muy interesantes. Todos los habitantes de la isla son pescadores o labradores, pero a la vez se dedican a la piratería. Forman una gran familia en la que casi todos son parientes, y los trabajos pesados los realizan esclavos negros e indios o cautivos blancos. Tienen un jefe indiscutible a quien el Rey de Inglaterra da los poderes de Gobernador. Llegó al Caribe con unos buques corsarios y se estableció en la isla. Llegaren nuevos colonos, pero él continuó de jefe del poblado y de la flotilla. Es ya un anciano, pero su palabra es ley. Se llama Oliver Godolphin. Como las islas son coralíferas y abundan en arrecifes, uno de los negocios de los bahameses es hacer zozobrar los buques y recoger

los restos de los naufragios que el mar echa sobre la playa. Envían también a Jamaica corales que compran los comerciantes.

Villegas asintió.

—Me agradecería hacerle una visita a Oliver Godolphin. ¿Crees que sería posible asaltar Nassau y capturar la isla de Nueva Providencia?

—¿Por qué no? Pero quizá contamos con poca gente.

—¿Bastará con un galeón?

—Casi es preferible —dijo Martín—. Dos naves pondrían sobre aviso a los bahameses.

—Bien —ordenó Diego—. Pongamos rumbo a San Agustín. Allí encontraremos suficientes espadachines, cazadores y marineros para reforzar la tripulación de «El Antillano».

* * *

Los buques mercantes que hacían la travesía desde Port Royal, en Jamaica, hasta Norfolk o Jamestown, en Virginia, llevaron las noticias de las audaces hazañas de aquel corsario español que enarbolaba un estandarte azul. Asimismo, los supervivientes de la flota de Ninian el Rojo construyeron embarcaciones ligeras y abandonaron las costas de la Carolina, marchando a las colonias inglesas y difundiendo la noticia de su derrota en manos de los aventureros españoles que seguían la enseña azul. Muy pronto llegó a la Tortuga, traída por los filibusteros ingleses que habían hecho escala en Jamaica, y de allí se trasladó a Haití, a la isla de Siguatay, a Guadalupe y a todos los islotes ingleses, franceses y holandeses que servían de refugio a los bucaneros. En los sucios campamentos de las caletas donde los piratas se refugiaban en tiendas de lona, en los poblados de bohíos y de chozas de adobe de Haití, en la abigarrada y turbulenta capital de Tortuga, en los palacios de Port Royal y en las tabernas de Norfolk y de Jamestown, se refirieron una y otra vez, exageradas por los timoratos y despreciadas por los bravucones, las hazañas del capitán Villegas.

Lord Fromby, en su residencia de Jamaica, paseaba furioso por la sala. En su presencia se encontraban los oficiales de la flota inglesa, dos de cuyos buques había hundido el español.

—Requisen tres naves mercantes que artillarán. Salgan a la mar y no regresen sin haber capturado a ese corsario y su estandarte

azul.

Los comerciantes que formaban el consejo de la Colonia, palidecieron, y uno se atrevió a decir:

—¿Y no cree vuestra excelencia que eso enfurecerá al español y nos hará sufrir ataques aún más rigurosos? Bien mirado, no nos podemos quejar. Se contentó con pedir rescate en vez de saquear la ciudad.

El Gobernador dio un bufido de cólera.

—Si no le apresamos, muy pronto los españoles crearán una flota de corsarios que arrasarán nuestras costas.

Sonrió el mercader y melifluamente agregó:

—Se podría emplear otro sistema. Yo creo que es peligroso azuzarle, pero indudablemente lo es también dejarle libre. Por tanto, propongo que ofrezcamos una crecida recompensa a aquel que nos entregue la cabeza del capitán Villegas. Esto tendrá la virtud de interesar a los filibusteros.

* * *

Henry Morgan paseaba su fornida humanidad por el camarote de su buque. Sentados sobre la mesa, en las sillas y en el alféizar de los ventanales se veían a sus lugartenientes. Barbudos, sucios y bronceados, con las pistolas y los machetes al cinto. Brodeley y Stephen Hooper permanecían sentados a la mesa. En un extremo, negligentemente apoyado en la pared, se veía a un atildado gentilhombre de rizada peluca negra, colete de seda bordado en oro, medias de color cereza y zapatos con hebillas de plata. Era le chevalier Montborts, jefe de los franceses, que, desde la desaparición de François

L'Olonais,
seguían a Morgan.

El filibustero se detuvo.

—Ya habéis oído la historia —comenzó a decir—. Ese insolente español ha tomado represalias por el saqueo de Panamá. —Se acercó a una mesa y descargó un seco puñetazo. Sus ojos aparecieron inyectados en sangre y se le erizaba el mostacho de cólera—. ¡Se ha atrevido a atacar las colonias de Su Majestad! ¿Hasta dónde piensa llegar? ¿Es que quiere capturarme a mí?

Montbarts sonrió.

—Puede ser, *monsieur* le capitán.

—¡Por Jové, que se arrepentirá de su osadía! —aulló Morgan—. Le despedazaré vivo. Le asaré a fuego lento y le obligaré a pedir misericordia. —Se calmó un tanto y agregó—: Ya sabéis, los comerciantes de Port Royal ofrecen una recompensa por la captura del capitán Villegas. Les enviaré la cabeza de ese corsario envuelta en su estandarte azul.

La posada «Le Brave Boucaniere» se encontraba atestada de gente. Los filibusteros bebían ron y cantaban, celebrando las gracias de alguna artista.

En una habitación, separada de la sala general, se reunían los jefes principales de «La Hermandad de la Costa». Se encontraba allí el distinguido y cruel caballero de Grantmont, el brutal Franquesnay, el gigantesco y rubio Van Horn, el rojizo Edward Davis y el atlético John Cook. Se encontraba presente también un hombre extraño. Vestía camisa blanca de hilo, pantalones de paño y altas botas. Se cubría los cabellos con un sombrero de paja del que caían las puntas de un pañuelo con el que se anudaba los cabellos. En el amplio cinto ostentaba un machete y en el pecho lucía en bandolera un cuerno de pólvora y una bolsa de balas.

Era enjuto y musculoso, y de piel cetrina. Se trataba de De Cussy, uno de los jefes más importantes de los bucaneros, o cazadores de pieles, y de los hacendados de Haití. Le acompañaba un mestizo de expresión maligna, vestido con calzones de piel sin curtir y camisa blanca. Le llamaban Carvo.

Van Horn era quien hablaba, expresándose en francés, con gutural acento de Holanda.

—Ofrecen mucho dinero por ese hombre y bien merece que le prestemos atención. Además de ganar una fuerte suma, nos libraremos de un enemigo peligroso. El fué quien mató a Lope Alvarez, a Walter Stout e hizo desaparecer a La Máscara.

—Por culpa suya fracasó la expedición de L'Olonais

a Tierra Firme —afirmó Edward Davis, estremeciéndose al recordar las luchas en las selvas de Yucatán.

—Santos Kakaracou murió al enfrentarse con él —agregó Franquesnay.

—Y ahora ha tomado represalias por el saqueo de Panamá —

vociferó el holandés—. Si no le cortamos la cresta va a desembarcar en la Tortuga. Yo creo que es necesario acabar con el capitán Villegas.

De Cussy se encogió de hombros.

—Yo no soy hombre de mar, sino de tierra. ¿Para qué pueden servir mis cazadores? Eso es cosa de los filibusteros.

—¿Podríamos contar con vos en un caso de lucha en tierra?

El bucanero se estremeció.

—Por descontado.

—Vuestros hombres cruzan el mar desde la Tortuga a Haití incluso a La Española. Ganaríais una buena recompensa capturando a ese Corsario con la flotilla de faluchos.

—¿Cómo sabré que se trata de Villegas?

—Es sencillo —explicó Grantmont—. Ese corsario enarbola un estandarte azul.

* * *

En su residencia de Nassau, Oliver Godolphin escuchaba las palabras del capitán del buque que había regresado de Port Royal.

Era Godolphin un hombre de cabellos canos y piel sarmentosa. Alto y huesudo de ojos de penetrante mirada y expresión despiadada.

—¿De modo que ofrecen una buena recompensa? —exclamó cuando hubo concluido el capitán—. Tendremos en cuenta esa orden del Gobernador de Jamaica y procuraremos capturar a ese corsario del estandarte azul.

* * *

Muy ajeno al interés que por él demostraban, Diego navegaba rumbo a San Agustín, en la península de la Florida y la ciudad más antigua del actual territorio de los Estados Unidos, para reclutar nuevos aventureros con los que llevar a feliz término la guerra que a los ingleses habían declarado.

CAPÍTULO II

UN POCO DE HISTORIA

Las Bahamas las descubrió Cristóbal Colón en su primer viaje en 1492. Se da como probable, aunque nadie lo asegura, que la actual isla de Watiling es la de Guanahani o de San Salvador, primera tierra americana vista por los españoles.

Todos los datos e informes del descubrimiento afirman que dicha isla se encontraba en el archipiélago de las Lucayas, antiguo nombre de las Bahamas y que en el centro se encontraba una laguna de la cual bebieron, cansados del agua de los barriles de a bordo. En dicho archipiélago no existen riachuelos ni fuentes y la única de las islas en la que se ve una laguna es la de Watiling. Ahora bien, dicho estanque es de agua salada, lo que no concuerda con las declaraciones de los marineros que aseguraban que habían bebido en la laguna de Guanahani y no es factible que nadie prefiera el agua salada a la dulce, aunque esta última lleve varios días en un barril, y de ser así, no era necesario que esperasen a llegar a tierra, pues podían haber tomado en el mar toda la que deseasen.

Sea como fuere, lo cierto es que en los primeros mapas del Nuevo Mundo, dibujados por Juan de la Cosa, piloto de Colón, figura ya el archipiélago de las Lucayas, aunque el gran marino y cosmógrafo señaló cuál era la primera tierra en la que había desembarcado.

Se podría decir que ha desaparecido una isla, pues nadie sabe con seguridad cuál es la antigua Guanahani y éste es otro de los misterios que rodean a Cristóbal Colón, el descubridor de América con ayuda de los españoles. Se ignora exactamente el lugar de su

nacimiento, aunque se suponga que era italiano, portugués, gallego, catalán o judío converso, no resulta claro el lugar dónde reposan sus huesos, ya que al abandonar los españoles en 1898 la isla de Cuba, su cadáver, que se encontraba en la catedral de La Habana, adonde fué trasladado desde La Española, lo trasladaron nuevamente a Sevilla y un obispo y un canónigo de Santo Domingo, ambos italianos, aseguran que los comisionados españoles se habían equivocado y en vez del cuerpo del Almirante, tomaron el cuerpo de su hijo o de su nieto. Por último, se ignora cuál es la primera tierra americana que pisó.

En un principio, las Lucayas o Bahamas fueron escala obligada para todos los buques que se dirigían a las indias Occidentales, pero al descubrirse los distintos archipiélagos, Sotavento y Barlovento, fueron olvidados por completo a causa de su falta de agua. La espléndida fertilidad de Cuba, de La Española y de Puerto Rico atrajo a casi todos los emigrantes, dejando casi despoblados los demás islotes. Los bucaneros franceses ocuparon algunas de ellas y otras los filibusteros, ingleses, aunque estos últimos no establecieron poblados, limitándose a emplearlas como refugio para descansar y carenar las naves.

Durante una de las muchas persecuciones religiosas ocurridas a principios del siglo XVII en Inglaterra, huyeron muchos puritanos para salvarse del patíbulo; se embarcaron hacia el Nuevo Mundo, confiando en que lograrían fundar una colonia en las tierras deshabitadas donde no les alcanzarían los edictos de Su Graciosa Majestad. Tal es el origen de Nueva Inglaterra, a la que llegó un buque llamado «Mayflower» con unos colonos que fundaron una aldea. Tres naves fueron empujadas por un temporal hacia las Lucayas. Sus capitanes eran expertos y tan sólo una se desfondó al chocar contra los arrecifes coralíferos. Algunos de sus tripulantes y pasajeros lograron salvarse, refugiándose en los demás buques. Cuando amainó la tormenta, el jefe de la expedición decidió que aquélla era la tierra prometida que el cielo enviaba a sus hijos, que el huracán era una manera indirecta de conducirlos hasta aquel lugar, y, por tanto, debían quedarse. Desembarcaron y establecieron un campamento. Como el clima era muy perjudicial para los blancos, cazaron a los indios, los más pacíficos de todo el Caribe, que no conocían ninguna clase de armas, y los obligaron a trabajar.

Éstos les enseñaron a construir cisternas para recoger el agua de la lluvia y así pudieron regar sus sembrados.

Un día naufragó un buque, y los restos, arrojados por el mar sobre las playas, les proporcionaron muchas cosas que les hacían falta. Entonces, los ingleses se arrodillaron y dieron las gracias al cielo, juzgando que éste había hecho zozobrar la nave para surtirles de lo que carecían. No pensaron en los tripulantes que habían perecido, pero de hacerlo hubieran dicho que había que plegarse a la voluntad del Destino.

Oliver Godolphin, el jefe de la colonia, fué más allá: Juzgó que su deber era colaborar con el cielo y, por tanto, colocó señales que condujeran a los buques extraviados directamente hacia los arrecifes. De este modo ocurrirían muchos más naufragios y la colonia recibiría gratis los hierros y la madera que necesitaba, así como otros muchos objetos. Éste era ya un negocio antiguo en las costas del Sur de Inglaterra.

Oliver Godolphin era un hombre extraño. Vivió siempre en el mar, llegando a adquirir un gran renombre a causa de su destreza y de su pericia como patrón. Asimismo era un puritano de una rigidez inhumana. Se distinguió siempre por su fanatismo y por su odio a todo el que no compartía sus puntos de vista religiosos. Por otra parte, se creía con el don de leer en los designios de la Providencia. Su verbo ardiente y furioso, su combatividad y su rígida faz le conquistaron muy pronto la popularidad entre sus correligionarios. Fué elegido como jefe para aquella expedición que debía conducirles hacia las nuevas tierras.

Físicamente, era alto y membrudo, de voz chillona y mirada penetrante. Sus cabellos caían hasta sus hombros e iba completamente afeitado, según la costumbre de los puritanos. Manejaba bien la espada y no carecía de inteligencia. Por otra parte, sin su energía pronto hubiera fracasado la colonia, dispersándose los emigrantes, pero él logró hacerlos trabajar y consiguió que permaneciesen unidos.

En un principio, los ingleses se dedicaron a trabajar la tierra, alrededor de la aldea que habían fundado, a la que bautizaron Nassau y Nueva Providencia la isla. Pero los alimentos que habían traído en los buques comenzaron a escasear y algunos colonos construyeron faluchos y falúas con los que se dedicaron a la pesca.

Cierto día llegó una flota de canoas tripulada por los indios seminólas de la Florida. Estos salvajes eran valientes y audaces, siendo muy diestros en el manejo de las armas. Vivían en aldeas defendidas por vallas de troncos puntiagudos y eran grandes arqueros. La Florida está surcada por innumerables ríos cuyas corrientes desafiaban los pieles rojas en grandes canoas de muchos remeros. Fácil es deducir que muy pronto se acostumbraron a costear por la península, navegando por entre los cayos e islotes de Florida, y que, dado su carácter aventurero e impetuoso, no tardaron en internarse mar adentro. Cuando los españoles descubrieron las Antillas, los pacíficos indios les hablaron de las expediciones que realizaban los belicosos caribes para capturar esclavos y de la llegada, que temían en extremo, de unos feroces guerreros, tripulantes de grandes embarcaciones que raptaban a sus mujeres y arrancaban las cabelleras a los muertos. Fácil es reconocer con estos datos a los seminólas.

La llegada de los pieles rojas, que saltaban por las rocas y chapoteaban en el agua, blandiendo sus armas y aullando como diablos, representó un acontecimiento inesperado para los colonos.

Corrieron a refugiarse en la palanc[1], y desde allí se defendieron de los mosquetes y los cañones. Cuando, al fin, después de mucho combatir y de aguantar la lluvia de flechas que disparaban los seminólas, éstos se retiraron hacia las canoas. Entonces Oliver Godolphin desnudó su acero y se lanzó al ataque seguido por los puritanos. En las rocas se trabó un duro combate. Los machetes y las picas derribaban enemigos, mientras los mosquetes disparaban sin cesar. Pero, de no haber sido por los cañones, que barrían a los indios, mal fin hubiera tenido el combate sobre las rocas.

Cuando los seminólas se hubieron alejado, dejando muchos muertos y heridos, que no tardaron en hacerles compañía, el jefe puritano se entregó a la meditación. Ante todo debía fortificar Nassau, la palanca no era defensa adecuada contra un ataque de hombres blancos, y a este efecto comenzó a construir un fortín de piedra, que defendiese la entrada de la bahía y en la que colocó algunos cañones. Después pasó a otros asuntos. Las provisiones y la ropa que trajeron de Inglaterra comenzaba a escasear y todos estaban hartos de la dieta de vegetales y pescado. Como la pólvora no faltaba, decidió imitar a los seminólas, de modo que algunas

falúas partieron hacia la Florida y hacia la cercana Cuba. Regresaron con las embarcaciones cargadas de piezas que habían cobrado en las tierras vecinas y de las que lo aprovecharon todo. La carne curada para prever días malos, la grasa fundida como sebo y las pieles en vez de ropa. No se le escapaba a Godolphin que las municiones acabarían por agotarse y un día una nave encalló en los arrecifes. Desembarcaron los marineros, disponiéndose a ponerla nuevamente a flote y a reparar los daños cuando los ingleses cargaron sobre ellos, machete en mano, y en pocos minutos dieron cuenta de los desprevenidos náufragos. El contenido del buque no había sufrido ningún desperfecto y resultó una buena captura de ropas, pólvora, armas y herramientas.

Según los cálculos de Oliver, era éste un nuevo don de la providencia, pero el puritano decidió una vez más ayudar al destino.

Colocó a un vigía en lo alto del torreón y cuando éste anunció la aparición de un buque, se hizo a la mar, seguido por una flotilla de faluchos. El navío no receló nada de aquellos pescadores y los dejó acercarse. Entonces los ingleses asaltaron la embarcación, acuchillando a todo el que encontraban. Luego remolcaron el buque hasta Nassau. Cuando hubieron tomado todo lo que les pudo ser útil, incluyendo las cuerdas y las lonas, lo incendiaron. Repitieron esta ocasión con bastante frecuencia, y, entre los abordajes y los naufragios, reunieron muy pronto una gran cantidad de artículos, que si a ellos no les servían para nada, en Port Royal hubieran pagado a buen precio.

Godolphin aparejó uno de los buques que les trajo a las Bahamas y lo cargó con todos los despojos de los abordajes, así como de una gran cantidad de cueros que envió a Jamaica. Temía que los mercaderes avisaran a las autoridades y que éstas desearan hacer averiguaciones, pero los comerciantes de Port Royal se limitaron a comprar lo que les interesó sin hacer preguntas. El buque regresó a Nassau, cargado con los artículos que necesitaba la colonia.

Dos veces al año partía la nave hacia Jamaica, abarrotada de cueros y de artículos robados, y regresaba luego a Nueva Providencia. Lentamente, la colonia prosperó. Aparte de la agricultura, que ejercían esclavos indios y negros, robados en las tierras vecinas, las cuatro actividades en las que se ocupaban los

habitantes, caza, pesca, piratería y despojo de los náufragos, resultaron en extremo productivas.

Nuevos emigrantes con sus familias partieron de Jamaica para establecerse en Nueva Providencia y muchos filibusteros abandonaron la Tortuga y Haití para enrolarse en la flotilla de Godolphin. Asimismo, algunos marineros, cansados de vagar de un lugar para otro, se presentaron a Oliver, pidiendo un puesto en sus naves.

De este modo, la aldea se convirtió en una pequeña población en la que a pesar de los rígidos principios de los puritanos, debieron permitir que se abriera una taberna y en el interior nacieron nuevas plantaciones. Como los indios de la isla habían molesto y necesitaban brazos, comenzaron por perdonar la vida a los náufragos y los presos que hacían en los abordajes y que luego eran vendidos en el mercado de esclavos. Algunos bucaneros se dedicaron a cazar indios en la Florida, pero éstos no servían para el trabajo, y negros, lo que se demostró mucho más práctico. Como éstos tan sólo se encontraban en tierras ya conquistadas, asaltarán numerosas plantaciones de Cuba para llevarse a los negros, robando de paso a los blancos y todos los objetos de valor.

Como los españoles no se dejaban capturar sin defender cara su vida, se entablaron verdaderas batallas, cuyo resultado era muy distinto.

Sin embargo, Oliver Godolphin acabó por convertirse en una potencia en el Caribe, y «La Hermandad de la Costa» le ofreció su protección, cosa que no aceptó el jefe puritano. En su mente había cuajado un plan que deseaba llevar a efecto. Quería convertirse en Gobernador en nombre del mismo reino del que huyó hacía muchos años, pero con la vejez sentía la nostalgia de su patria.

Le bastó tan sólo una insinuación hecha por sus capitanes en Jamaica para que se transmitiese la propuesta al Rey en el primer correo. Por el mismo conducto, llegó de Londres su nombramiento de Gobernador de las Bahamas, la autorización para izar la bandera inglesa sobre el torreón y el privilegio de que los dos buques que enviaba cada semestre a Port Royal fuesen buques de guerra de Su Graciosa Majestad.

La conducta de Oliver Godolphin sufrió un pequeño cambio. Dejó de atacar los buques ingleses, pues una autoridad británica no

podía hacer tal cosa con sus súbditos. Pero continuó con las cuatro actividades más productivas de la colonia: la pesca, la caza, la piratería y el robo de los náufragos.

Perseguía a los españoles porque su Rey era enemigo de España y porque eran los más ricos; a los franceses porque eran católicos y a los holandeses para no perder el entrenamiento.

Como los años comenzaban a agotarle, relegó parte de su autoridad en Clement Alridge, un filibustero cetrino y sucio, pero de extremada habilidad para la lucha en los mares.

CAPÍTULO III

SAN AGUSTÍN

«El Antillano» surcaba las aguas, acercándose a la costa cubierta de espesura. Sobre la franja amarillenta de las playas se veía una línea blanca que formaban las olas al romper sobre la arena. Luego, los árboles y la maleza extendían su manto verde sobre la tierra, durante leguas y leguas hasta perderse en el horizonte. Las flores de distintas tonalidades moteaban la selva, convirtiéndola en una coloreada paleta de pintor. El mar azul y transparente refulgía bajo el sol centelleante.

Junto a las aguas se alzaba una ciudad fortificada, sobre la que ondeaba el pabellón español. Era San Agustín de la Florida, el antiguo poblado que Pedro Menéndez fundó un siglo antes. Constituía el primer esbozo de colonización en la parte septentrional de Tierra Firme y los colonos españoles debieron defenderse de los duros ataques de los sanguinarios seminólas, quienes, al contrario de otras tribus norteamericanas, se declararon desde el primer instante enemigos de los «rostros pálidos». Asimismo, Menéndez debió luchar contra los franceses que desde la vecina Luisiana no cesaban de invadir el territorio. En las intrincadas selvas de la Florida, abriéndose paso con las espadas, chocaron los grupos de aventureros, disputándose la supremacía del país. Al fin se replegaron los invasores, pero entonces armaron una flota de tres galeras que partió por mar para atacar San Agustín. Durante dos días se libró la dura batalla hasta que los cañones de la ciudad expulsaron a las naves francesas.

Cierto día, unos piratas franceses asaltaron un fortín español

establecido en la bahía de Tampa; pasaron la guarnición a cuchillo y se establecieron allí. Un fugitivo avisó a los españoles del «presidio»^[2]. Romano, junto al cabo del mismo nombre. Partieron los soldados a vengar a sus camaradas. Asaltaron la población francesa y ahorcaron a los supervivientes, colocando un letrero que decía: «No por franceses, sino por piratas». Luego regresaron a su base, dejando una pequeña fuerza en Tampa. Nuevamente aparecieron naves de Luisiana, que ahorcaron a los defensores, colocando este letrero: «No por españoles, sino por asesinos». Furiosos, los caballeros del «presidio» Romano se lanzaron al asalto y acuchillaron a los invasores, escribían de este epitafio sobre sus cadáveres: «No por piratas, sino por franceses».

Esto puso fin a las pretensiones del cristiano Rey a las tierras de Florida.

El país en verdad merecía la atención de los conquistadores. Suelo fértil como pocos y el panorama era el más hermoso de todos los conocidos. Los bosques de árboles gigantes, unidos por lianas, la maleza, cuajada de flores, que se alzaban hasta la altura de un hombre, y los ríos que cruzaban el país hacía que los aventureros, iluminados por la fiebre de la conquista, bajaran sus espadas, para admirar el paisaje que se ofrecía a sus ojos, como premio a su audacia.

Por aquellas tierras pasó Ponce de León, impulsado por la leyenda que oyó referir a los caribes de que existía la maravillosa fuente que devolvía la juventud al que se bañara en sus aguas. No encontró esa fuente el viejo guerrero, pero dio por bien empleados sus esfuerzos al encontrarse con el hermoso país. Luego, Pánfilo de Narváez, al morir León, intentó su conquista, pero los repetidos ataques de los indios le obligaron a reembarcar. Por allí pasó Hernando de Soto cuando inició su increíble viaje en el que debía descubrir el Mississipí, el Padre de las Aguas, como le llamaban los indios, y encontrar la muerte, vencido por la fatiga y por las enfermedades. Sus compañeros, conociendo sus últimos deseos, colocaron el cadáver encima de una balsa y la dejaron sobre el río, permitiendo que las aguas del gran río que había descubierto para la civilización meciesen el último viaje de su arriesgada vida.

También fué visitado por Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que naufragó en las costas de la península y emprendió un largo viaje,

increíble pero cierto, que le condujo a pie y en compañía de dos supervivientes más, a través de los actuales estados de Florida, Alabama, Mississippi, Luisiana y Tejas, hasta llegar a Méjico, donde se presentó, famélico y cubierto de harapos, en un poblado español. Tan sólo cuando Pedro Menéndez estableció San Agustín, la península pasó a poder del Rey de España. Con rapidez fueron apareciendo «presidios» y misiones a lo largo de la costa y granjas y aldeas en el interior, pero la mayor parte del país continuaba aún en poder de los indios y de las fieras.

«El Antillano» se acercó al puerto de San Agustín, situado a corta distancia de la ciudad. Un buen número de buques se encontraban detenidos en los muelles.

Eran, en su mayoría, embarcaciones de pesca, que recorrían las costas de la Florida. Algunas pertenecían a comerciantes que emprendían expediciones de cabotaje. Se encontraban asimismo las dos fragatas de guerra y algunos buques que hacían la travesía desde Cuba y desde Veracruz.

Los pescadores y marineros que paseaban por los muelles y bebían en las posadas se agruparon para presenciar la llegada de «El Antillano». No era difícil reconocer al galeón como navío de guerra y su estandarte azul le denunció como el buque del famoso capitán Villegas.

Atracó el galeón y pronto subió a bordo un oficial de la fortaleza. Barrió el suelo con las plumas de su chambergó y se presentó. Diego le dijo su nombre y cuál era el motivo que le llevó a San Agustín.

—Debéis hablar con el Gobernador para que os autorice a poner mesa.

Villegas se despidió del oficial y, en compañía de Fajeda, se dirigió a la ciudad. Los corsarios desembarcaron y corrieron a llenar las tabernas, riendo y alborotando, satisfechos de pisar tierra de nuevo.

El capitán examinó con atención a los hombres de mar que se veían en el puerto. Eran duros y resistentes, acostumbrados a batirse con los indios y en sus semblantes se leía un indomable valor.

La carretera que conducía a la ciudad se veía sombreada por copudos árboles. A ambos lados se alzaban chozas de troncos,

rodeadas de huertos que trabajaban los campesinos. Aquellos labradores, enjutos y morenos, cubiertos con sus sombreros de palma, no ocultaban su condición guerrera. En sus movimientos se advertía cierto nerviosismo como de hombres que viven siempre al acecho.

San Agustín aparecía rodeada de una muralla, en la que se abría una estrecha puerta, formada por dos columnas de piedra^[3]. No era muy grande la ciudad y su construcción era la típica de las poblaciones coloniales. Edificios blancos de techo rojo y de una sola planta. Se veía la catedral, el palacio del Gobernador, y el cabildo, destacándose sobre las otras construcciones. Por las calles paseaban soldados enjutos, espadachines fanfarrones y altaneros, y cazadores de ropas de hilo, sandalias y sombreros de palma. Al cinto lucían un machete marinero que habían adoptado para abrirse camino en la espesura y, en bandolera, un herrumbroso arcabuz.

Éstos, se decía el corsario, eran los hombres que necesitaba para reforzar su tripulación. Con cien nuevos reclutas contaría con suficiente fuerza para emprender la lucha contra los piratas bahameses.

Se encaminó hacia el palacio del Gobernador y se hizo anunciar.

Le recibieron sin tardanza. Era el Gobernador un hombre acostumbrado a luchar con los indios y a defenderse de los ataques de los piratas.

—Estimo como un gran honor —dijo— estrechar vuestra mano, capitán Villegas.

Se inclinó Diego, agradeciendo el elogio, y el Gobernador hizo que les sirvieran vino.

—¿Puedo hacer algo en vuestro favor? —inquirió de nuevo su excelencia.

Le refirió el capitán cuál era su intención y que había ido a aquel lugar para reclutar nuevos corsarios.

—Desde luego, os autorizo para «poner mesa» —aseguró el Gobernador—, y contáis con mi apoyo. Nosotros hemos sufrido mucho por las incursiones de los bahameses. No os niego que es una empresa arriesgada en la que tenéis más probabilidades en contra que a favor. La naturaleza de las Lucayas hace muy difícil el desembarco.

—Lo sé, excelencia.

—Si deseáis alguna nave, os prestaré la que os agrade más del puerto.

—No es necesario. En empresas como ésta la sorpresa es siempre uno de los factores más importantes.

Se puso en pie el Gobernador y alzó su copa.

—Brindo por el éxito¹ de vuestra expedición, capitán Villegas.

* * *

Al día siguiente, «pusieron mesa» en el puerto de San Agustín.

Era ésta la forma de enrolamiento en aquella época y consistía en colocar una mesa junto al muelle, donde los marineros se presentaban para que los inscribieran. Como adelanto, recibían una parte de su paga, ya que muchos debían pagar deudas antes de zarpar o necesitaban comprar algunas cosas.

Sobre la mesa que colocó Villegas relucían montones de monedas de oro y de plata, producto del rescate de Port Royal y de Jamestown. Detrás de la mesa se sentaba Martín Ohando, con sus mejores ropas, en compañía de Vicente de Azogue, que actuaba en calidad de escribano. Como se trataba de una expedición guerrera, dos corsarios montaban guardia con sus armas y otro se situó detrás del piloto, enarbolando el estandarte azul.

Los aspirantes se acercaban a la mesa y daban su nombre, que anotaba Azogue en un libro. Recibían la gratificación que daba Villegas en nombre del Rey y el vasco les despedía, tratándoles con afectuosa cortesía, según costumbre en el mar.

—Bienvenido, señor marinero. Con la ayuda de Dios limpiaremos las Lucayas de filibusteros, obtendremos grande honra y provecho.

Pérez de Lerma, Leyden, Fajeda y todos los tripulantes de «El Antillano» habían hecho gran propagando por las tabernas y las posadas del puerto y los muros de la ciudad. En realidad, su sola presencia era un estímulo para que muchos desearan alistarse. Bastaba verles, con el aire altanero, el machete al cinto, los bigotes erizados y el pañuelo o el ancho chambergo en la cabeza, para envidiarles y estar dispuestos a abandonarlo todo con tal de convertirse en uno de los corsarios que seguían al capitán Villegas. Ante la mesa de enganche se agrupaban hombres musculosos, que olían a brea, vestidos con los amplios calzones y la camisa de los

marineros. Muchos ostentaban aretes en las orejas y todos un cuchillo en el amplio cinturón. Se veía a otros ágiles y atléticos, con la piel quemada, por el sol, luciendo pantalones arremangados hasta el tobillo; camisa blanca, sandalias y sombrero de palma, con el machete y la calabaza de agua, propia de los cazadores. También figuraban jóvenes enjutos y orgullosos de ropas ajadas, fieros bigotes y largas tizonas. Eran los hidalgos de fortuna, los segundones sin dinero y los espadachines que partieron para las Indias en busca de aventuras. Todos deseaban alistarse. No ignoraban que los corsarios eran muy bien mirados por el almirante Momtemayor y que su existencia era una continua aventura, alternada con alegres estancias en las mejores ciudades del Caribe. Y, sobre todo, tendrían ocasión de luchar, cosa que su sangre les pedía a gritos.

También se alistaron unos cuantos soldados de la guarnición de San Agustín.

Un hombre de cabello cano, anchas espaldas y tez curtida, vestido como los patrones de los buques, se abrió paso hasta llegar a la mesa de alistamientos.

—¡Que me lleve el diablo si éste no es Martín Ohando! — exclamó con marcado acento gallego.

Alzó la cabeza el piloto y en sus pupilas se retrató una intensa alegría.

—¡Válgame San Martín, mi patrón! ¡Es nada menos que el gran Diosdado de Mondoñedo!

Se abrazaron como dos antiguos camaradas y el de más edad dijo:

—Veo que te has metido a corsario.

—Así es. Navego con el capitán Villegas.

—Mucho le debemos todos a don Diego, que tantos piratas ha enviado al infierno.

—¿Y tú qué haces en la Florida?

—Compré un bergantín costero con el que comercio con los poblados de pescadores y cazadores.

Los grupos formados ante la mesa se apartaron súbitamente. Se alzó un murmullo de comentarios y los sombreros se alzaron respetuosamente.

Villegas se acercó a su piloto, respondiendo a los saludos de la

gente.

—¿Cómo va el alistamiento?

—Hánse cubierto las plazas casi por completo —explicó Martín

—. Mañana estarán inscritos todos.

Diego agregó lo bastante alto para que todos pudieran oírle:

—¿Saben, ya que en «El Antillano» no hay plaza para los cobardes? ¿Que allí les espera la muerte o la gloria?

Un segundón, casi imberbe, respondió con altanería:

—Los cobardes ya no se alistan, señor capitán. Porque los cobardes no se atrevieron a cruzar los mares.

—Pues sean bienvenidos todos los que quieran ganar cicatrices junto al estandarte azul —agregó Diego, haciendo un saludo.

Ohando se acercó a su capitán.

—Éste es Diosdado de Mondoñedo.

Villegas se inclinó.

—Si sois amigo de Martín, contad asimismo con mi amistad.

—Es un honor conocer a tan valiente caballero.

—Éste —añadió al vasco— es aquel piloto de quien os hablé que había estado preso en las Lucayas.

Diego asintió.

CAPÍTULO IV

DIOSDADO DE MONDOÑEDO

—¿Vivisteis allí mucho tiempo? —preguntó.

—Cosa de medio año —respondió el gallego.

—¿Cómo os capturaron?

—Una noche en que buscábamos tierra, porque se nos había agotado el agua, nuestro capitán se acercó a unas boyas luminosas que flotaban indudablemente sobre las aguas. Vimos, a favor de la luna, la costa que se recortada a cierta distancia y supusimos que las boyas indicaban el paso seguro entre los arrecifes. Pusimos proa hacia la tierra y avanzamos convencidos de que llegaríamos a ella a salvo. De pronto se oyó cómo el casco de la nave chocaba contra unos escollos y todo el buque sufrió una sacudida al quedar prendido en unas rocas. Caímos por cubierta y el capitán comenzó a dar órdenes para que sacaran el buque de aquel cepo. La corriente es allí muy fuerte y el oleaje, al golpear el casco sobre las rocas, resquebrajaba la madera. De pronto vimos varias falúas que se acercaban a nosotros. Creímos que se trataba de un socorro, pero muy pronto¹ salimos de nuestro error. Eran los piratas bahameses que nos asaltaron, sin darnos tiempo a organizar la defensa. Luchamos con desesperación, pero su número nos venció. Los supervivientes fuimos llevados a Nassau como esclavos. El buque fué desmantelado y luego incendiado.

—¿Es muy grande Nassau? —preguntó Diego.

—No, pero se halla muy bien defendido por la configuración de la bahía. Además, se alza una fortaleza que cubre la entrada con sus cañones así como dos buques artillados que hacen viajes a Port

Royal. Al día siguiente me vendieron en el mercado de esclavos. Me destinaron a trabajar en una plantación cercana a la aldea. El trato era horroroso, siempre con el látigo en la mano, vigilados por un mayoral armado. Durante las primeras semanas simulé resignarme a la esclavitud, de modo que no se fijaron en mí. Al poco tiempo fui estudiando la bahía y la situación de los arrecifes de modo que llegué a saberlo de memoria. Luego me puse en relación con otro esclavo y una noche robamos una lancha. Con la comida que habíamos almacenado podíamos resistir durante varios días, así que salimos de Nassau y nos dirigimos hacia la Florida. Unos pescadores nos recogieron y nos trajeron a San Agustín.

Diego asintió, al tiempo que se retorció el bigote.

—Necesito para esta expedición un guía que conozca bien aquellos parajes; ¿queríais enrolaros? Cuando capturemos las Lucayas quedaréis libre de nuevo.

—¡Vive Dios que sí! —rugió Diosdado—. Es necesario acabar con ese foco de piratas y, aunque mis cabellos estén grises, manejo bien el machete y el arcabuz. He defendido mi nave de los indios y cuando llegue el momento, sabré batirme como cualquier corsario. Además, podéis contar con mi buque si es preciso.

—No lo es, señor piloto —replicó Villegas—. Venid esta noche a bordo y discutiremos junto a una botella de vino los planes de campaña.

Se alejó el capitán, seguido por las miradas de admiración de todos los allí reunidos.

* * *

Henry Bruce cargó el haz de cañas de azúcar y echó a andar dirigiéndose hacia la taberna. Era la única que se encontraba en Nassau y por esta razón sus necesidades de ron y de *whisky* eran mayores que en otras ciudades, donde había más establecimientos. Necesitaban grandes cantidades de caña, ya que de ésta sacaban el ron.

Henry depositó en tierra el haz y se secó el sudor que le cubría la frente. La camisa aparecía pegada al musculoso torso y los remendados calzones se veían sucios de polvo. El sombrero de paja le proteja la cabeza de los rayos solares y un pañuelo, anudado al cuello, impedía que el sudor chorrease por la garganta.

—¡Patrón! —gritó con marcada entonación irlandesa.

Se oyeron unos pasos y apareció una muchacha pelirroja. Parecía muy delgada, como si la fatiga y el hambre minaran su organismo. La piel sonrosada se mostraba en sus desnudos antebrazos y en su garganta que la desabrochada blusa dejaba al descubierto. En su semblante delicado y quizá algo flaco resaltaba su nariz respingona, que desvirtuaba en cierto modo la mirada sumisa de sus grandes ojos azules y brillantes, y sus labios rojos y frescos indicaban claramente su juventud. En las mejillas aparecían unos tiznones, prueba de que había estado trabajando en la trastienda.

Al ver a Bruce sonrió débilmente y sus ojos se iluminaron de alegría. El irlandés avanzó hacia ella:

—Ailsa.

La joven le tendió las manos que Henry estrechó con fuerza.

—Tened cuidado —suplicó la muchacha—. Mi tía está cerca.

—¿Por qué le llamas tía si nada tiene que ver contigo?

—Me cuidó desde niña y siempre le he dado este nombre.

—¡Te cuidó! —se mofó el irlandés sonriendo—. Di más bien que te atormentó y te explotó desde niña.

—Pero gracias a ella no he muerto —explicó Ailsa con una sonrisa—, y así he podido conocerte.

Bruce la contempló un instante en silencio. Su semblante bronceado revelaba la profunda ternura que por ella sentía y sus ojos grises habían dulcificado su expresión dura y audaz.

—¿Me quieres, Ailsa? —preguntó.

—Bien sabes que te amo más que a nada —respondió, la joven—, y todo lo que me pasa lo doy por bien empleado con tal de verte y de saber que tú me quieres también.

—Desde que te conozco ya no me parece un infierno esta isla. Cuando estamos juntos, soy más feliz de lo que nunca lo he sido en toda mi vida.

Inconscientemente, mientras hablaban, se habían ido acercando, hasta que estuvieron muy juntos. Quedaran silenciosos, mirándose con fijeza, como si se fueran a besar.

Una voz agria les hizo apartarse bruscamente.

—¡Ailsa! ¿Qué andas haciendo ahí fuera?

—Recojo un haz de cañas que han traído —se apresuró a decir la

joven.

Se oyeron unos pasos lentos y ruidosos. En la puerta apareció una vieja, despeinada y sucia, de expresión malhumorada, que tan sólo tenía dos dientes.

—Ya está bien de charla —aseguró—. Pasa a tu trabajo y tú —añadió, volviéndose a Henry Bruce— entra las cañas al almacén.

El irlandés se cargó a la espalda el pesado haz. Ailsa simuló ayudarle para poder decir:

—Esta noche en el lugar de siempre.

Regresó la joven a sus quehaceres y Bruce se encaminó a la bodega.

La anciana permaneció inmóvil en la taberna, siguiendo a Henry con una extraña mirada.

* * *

La luna se elevaba sobre las altas palmeras de Nueva Providencia. La selva y los edificios adquirían con la noche un aire misterioso y fantasmal. Nassau ya no era la austera aldea de puritanos. Las nuevas levas de emigrantes y los indeseables que de todo el Caribe habían buscado en ella refugio, la convirtieron en un poblado turbulento y escandaloso. Tan sólo conservaba la hipocresía de los fundadores.

Por las calles mal alumbradas por los faroles de aceite, marchaban marineros y cazadores, alborotando la tranquilidad de la aldea. En la taberna se reunían los más admirados y más prestigiosos. A muchos les servía el propietario en persona, un hombrecillo de mala catadura, gordo y melifluo, mientras su esposa se mantenía en un extremo de la sala inspeccionando el trabajo de Ailsa, que corría de un lugar para otro atendiendo las mesas.

Lentamente, transcurrieron las horas y la taberna se vació. Los propietarios se retiraron a sus habitaciones y la joven permaneció en la sala, arreglando los vasos. Cuando se convenció de que se encontraba sola, apagó los candiles y sigilosamente salió del edificio.

Cruzó por una hilera de arbustos y saltó una tapia. Una figura elástica salió a su encuentro. Las dos sombras se fundieron en un estrecho abrazo.

Luego se sentaron en el suelo, Henry, pues de él se trataba,

enlazó a la muchacha por la cintura y la atrajo hacia sí. Ella reclinó la cabeza en su hombro y, por un instante, permanecieron silenciosos, escuchando los murmullos de la noche.

Luego, Bruce volvió la cabeza y besó a la muchacha en la frente.

—Cuánto han tardado las horas en pasar —exclamó—. Me parecía que nunca llegaría el momento de volverte a ver.

Ailsa alzó la cabeza y contempló sonriendo al joven.

—Yo creí que los clientes no se marcharían de la taberna y que me obligarían a hacerte esperar. Me desesperaba al pensarlo, porque sólo vivo cuando estoy a tu lado.

El irlandés le acarició la roja cabellera.

—Gracias a ti soporto las miserias con más resignación. Casi bendigo el momento en que caí preso de los bahameses.

—¿Casi lo bendices? —exclamó la muchacha en son de reproche.

Henry sonrió y, estrechando con más fuerza a la joven, buscó sus labios en la oscuridad. Ailsa salió a su encuentro y las bocas de los dos enamorados se unieron apasionadamente. La muchacha alzó los brazos y rodeó el cuello de Bruce, estrechándose contra él. La fuerza que ponía el joven en su abrazo obligó a Ailsa a echarse hacia atrás, hasta que ambos quedaron tendidos en el suelo. Dichosos, se miraron sonrientes. Se encontraban solos en un mundo misterioso, protegidos por la tapia de piedra de la taberna, sin más testigos que las estrellas que en lo alto parpadeaban ante aquella escena que habían visto repetirse hasta el infinito.

A lo lejos cantaban los grillos y los cucuyos volaban por la oscuridad, dejando sus estelas luminosas. En los árboles, algunas aves canoras entonaban sus armónicos trinos que, junto con el perfume de las flores, embriagaban a los dos enamorados.

Henry murmuró al oído de la muchacha:

—¿Te han pegado hoy?

Ailsa contestó apresuradamente:

—No, no. Ya no me pegan.

Bruce le acarició los cabellos que como aureola de fuego se extendían por el suelo, alrededor de su cabeza.

—Sería capaz de matar al hombre que te hiciese daño. Eres lo único que mantiene mi interés por la vida.

—Sin ti, no hay ninguna alegría en mi existencia —aseguró

Ailsa.

De nuevo se besaron y el irlandés continuó:

—Hacía mucho tiempo que no pensaba en escaparme, pero esta tarde estuve pensando en nuestra suerte. Es imposible continuar así. Yo quisiera que marcháramos a Florida, donde los españoles nos proporcionarían medios para obtener una casa en la selva, que fuera nuestra tan sólo.

Ailsa se acercó más al joven y, tomando su semblante entre las manos, le miró a los ojos.

—Una casa nuestra. Donde pasaríamos felices los días, hasta que...



Por las calles mal alumbradas por los faroles de aceite, marchaban los marineros y cazadores.

—¡Aquí está la muy sinvergüenza! —gritó la agria voz de la propietaria.

De un brinco se pusieron en pie los dos jóvenes. Tan embebidos estaban en su felicidad que no se dieron cuenta de que se acercaban los dos ancianos que la muchacha llamaba tíos. La vieja mantenía en alto un farol de aceite, mientras su esposo enarbolaba un

pistolón.

—¡Les cazamos! ¡Les cazamos! —repetía muy alegre.

La anciana se encaró con Ailsa.

—¿Es eso lo que has aprendido en esta casa? —gritó—. ¿Son éstas las costumbres que te hemos enseñado? Ya te arreglaré, descarada. Pero a mí no me has engañado. Hacía ya tiempo que me lo imaginaba y esta mañana, cuando ese bandido trajo la caña, estuve atenta y oí cómo os citabais. Luego fue todo sencillo; bastó que recorriéramos el huerto para saber dónde os estabais arrullando. Espera que volvamos a casa. Te voy a romper un hueso.

—No he hecho nada malo —respondió Ailsa.

La vieja dio un paso atrás.

—¿Cómo? ¿Te atreves a replicarme? ¿Dónde has aprendido esos modales, zorra? ¿Así nos agradeces que te hayamos mantenido?

—Yo me ganaba el pan que me daban...

—¡Y vuelves a replicar, mala pécora! ¡Te arrancaré la lengua para que tengas más compostura! —gritó la tabernera alzando la mano.

Maquinalmente, Ailsa alzó los brazos, cubriéndose la cara. Pero Henry se interpuso entre ella y la vieja.

—Tened cuidado, bruja —dijo Henry, avanzando un paso.

La posadera se echó hacia atrás, buscando la protección de su marido.

—¡Moisés, mátalo! ¡Mátalo!

El llamado Moisés esgrimió la pistola, pero de un manotazo Henry se la arrebató de las manos. El hombrecillo quedó aterrado, imaginándose que iba a morir, pero la harpía comenzó a lanzar agudos gritos:

—¡Socorro! ¡Violencia! ¡Socorro, que nos violentan!

Bruce tomó a Ailsa de la mano y echó a correr por el campo. De los otros edificios surgieron varios mozos armados. Al oír los gritos y ver a las dos figuras que huían por el campo se lanzaron en su persecución, capturándoles tras una breve pero dura lucha a puñetazos.

CAPÍTULO V

ALGUNOS DATOS SOBRE DOS JÓVENES ENAMORADOS

Oliver Godolphin concluyó su desayuno y anunció:

—Se abre la audiencia.

Mientras un esclavo negro retiraba el servicio, dos piratas armados de machetes que hacían las veces de guardias, abrieron las macizas puertas que comunicaban con el despacho del Gobernador y permitieron la entrada del público.

Un gran número de litigantes se acercaron al anciano, solicitando justicia para sus quejas. Oliver les dirigió una fría mirada y ordenó:

—¡Silencio!

Los filibusteros repitieron de mal modo:

—¡Silencio!

Obedecieron todos, pues más de una vez Godolphin había hecho desalojar la sala a cintarazos. El Gobernador señaló con el dedo a un par de cazadores que se miraban con odio.

—Acercaos. ¿Qué queréis?

Brevemente expusieron sus quejas. Uno de ellos era patrón de un falucho que hacía viajes a la Florida. El otro iba de tripulante y reclamaba a su jefe las pagas atrasadas. Oliver les escuchó en silencio. Luego dijo:

—Vamos a ver. ¿Cuál de vosotros sabe cantar un salmo?

—Yo, excelencia —aseguró el patrón del falucho.

—Pues cántalo.

El patrón se engalló, carraspeó varias veces y con voz de falsete

entonó lo que le pedían. Oliver le escuchaba abstraído. Cuando concluyó, el Gobernador dio una palmada sobre la mesa.

—¡Magnífico! —gritó. Después agregó—: Oídas ambas partes, estimo que la demanda es infundada.

Iba a protestar el cazador, pero los filibusteros de la guardia acariciaron las culatas de sus pistolas y el pobre hombre, agachando la cabeza, salió a la calle.

El patrón se inclinó repetidas veces al tiempo que decía:

—¡Gracias, excelencia! ¡Gracias!

—Marchaos —ordenó Godolphin—, y en los próximos viajes traedme algunos ciervos o lo que sea que hayáis cazado. —Hizo una pausa y, señalando a otros litigantes, invitó—: Acercaos. ¿Qué queréis?

Moisés, la harpía y un plantador de brutal expresión se adelantaron, haciendo genuflexiones.

A un tiempo dijeron:

—Excelencia, soy una buena mujer que...

—Excelencia, he sido bárbaramente golpeado...

—Señor, reclamo protección para mis derechos como leal súbdito de Su Graciosa Majestad.

Godolphin descargó otro puñetazo sobre la mesa.

—¡Silencio!

Los filibusteros de la guardia repitieron:

—¡Silencio!

Callaron aterrados los tres litigantes. Oliver señaló al plantador con el dedo y ordenó:

—Habla tú.

Se adelantó el plantador y con gran respeto explicó:

—Me llamo Isaac Burton, excelencia, y poseo una plantación en las afueras de Nassau. Ayer noche este posadero y su esposa pidieron ayuda al vecindario, asegurando que uno de mis esclavos les había robado. Le golpearon duramente y a punto estuvieron de matarlo. Si no llego a tiempo, a estas horas habría muerto mi hombre y yo habría perdido a mi mejor servidor. El esclavo más fuerte de mis plantaciones, que me costó muy caro.

Godolphin se volvió al posadero.

—¿Cómo os llamáis?

—Moisés Smith, excelencia, y he sido bárbaramente golpeado

por un esclavo.

—¿Es cierto lo que dice Isaac Burton? ¿Quisisteis matar a su servidor?

En aquella época, si alguien mataba a un siervo, se veía obligado a pagar una indemnización al propietario, de modo que el tabernero se apresuró a negarlo.

—En modo alguno, señor Gobernador; cuando este esclavo, que es un gigante, me golpeó, comencé a pedir auxilio y mis vecinos, al ver que él huía, se arrojaron sobre él entablándose una batalla a puñetazos. Llegó entonces Isaac e identificó al hombre como su esclavo.

—¿No le reconociste?

—No, excelencia.

Isaac Burton dio un bufido.

—¿Cómo no iba a reconocerle si era él el que le servía los pedidos de caña, de azúcar?

—Bueno —atajó el Gobernador. ¿Qué hacía ese esclavo en vuestra casa?

—Quería raptar a mi hija.

—Pero si no tienen ninguna hija —exclamó el plantador indignado.

—Es como si lo fuera —replicó la tabernera—. La hemos criado nosotros desde pequeña.

—¿Dónde está ahora?

—Ahí fuera, excelencia.

—Que entre, Debo oír su declaración.

—¿Queréis ver también al esclavo?

—Que entre.

Los dos filibusteros salieron de la sala y regresaron al poco rato, empujando a Henry, cuyas manos se veían atadas a la espalda. Después entró Ailsa, acompañada por dos brujas que la impedían acercarse al irlandés. Cruzaron la habitación hasta llegar delante de Oliver. Éste los examinó durante un instante y le preguntó a Bruce:

—¿Es cierto que querías raptar a esta muchacha?

—No. Estábamos hablando junto a la tapia, cuando el tabernero me amenazó con una pistola —respondió el esclavo.

—¿Cómo te llamas?

—Henry Bruce.

—Si no la quería raptar —intervino una de las arpías—, ¿por qué ecchó a correr, estirando a la mucha de la mano?

Todas las miradas se clavaron en el irlandés que no respondió. Entonces Ailsa se adelantó y arrodillandose ante Godolphin, dijo:

—No me raptaba, excelencia. Yo huía con él porque le amo.

Un murmullo de asombro se levantó en la sala.

—¿Cómo? —exclamó el jefe puritano—. ¿Amas a un esclavo? ¿A un hombre que quiso golpear a tus padres?

—No son mis padres. Me recogieron cuando éstos murieron, pero a manos de los Smith no he sufrido más que malos tratos. Mi vida ha sido un sinfín de desgracias y de calamidades. No recuerdo ni un instante de alegría desde el momento en que fui a vivir a la posada. Gritos a todas horas, mala comida, golpes e insultos han sido el pago que he recibido por el trabajo agotador al que me veía obligada. Me levantaba con el alba y no me acostaba hasta que el último cliente había abandonado el local. No tuve ni un día de descanso. Tan sólo trabajo, trabajo. Por fin, conocí a Henry —añadió, dirigiendo una sonrisa al esclavo—; creo que le amé desde el primer instante. Procuraba encontrarme con él y aguardaba el momento en que entregaba los haces de caña para charlar un rato. La vida miserable en casa de los Smith se me hacía ya mucho más tolerable. Esperaba algo y contaba el tiempo a partir de las visitas de Henry. Llegó un día en que me dijo que me quería y todo cambió para mí. Ya no me importaba que me pegasen, ni trabajar de sol a sol. Me sentía feliz, deseosa de cantar. Tan sólo vivía para verle. Por la noche, cuando todos se habían acostado, yo salía al huerto y charlaba con Henry. Luego, me sentía tan dichosa que no cesaba de reír y de cantar.

Godolphin se cubrió el semblante con las manos.

—¡Aparta, bruja! —gritó—. Eres la Mujer Escarlata de Babilonia que has descendido entre nosotros. El diablo vive en ti. Aborreces el trabajo y gustas de los placera mundanos como la risa y el amor. Creo que han escatimado los golpes, pues no serías de ese modo. —Pareció calmarse y volviéndose hacia Bruce, le preguntó—: ¿Cómo llegaste hasta nuestra isla, esclavo?

Henry sostuvo orgullosamente su mirada y explicó:

—Iba en un buque español, enrolado como marinero, que un día, engañado por vuestras falsas señales, embarrancó contra

vuestras costas. Tus bravos piratas nos atacaron y en la lucha murieron todos menos yo. Recibí un golpe que me privó del sentido y así lograron capturarme, ya que de otro modo no hubiera sido posible. Cuando recobré el conocimiento, me encontré cargado de cadenas en vuestra fortaleza. Luego me vendieron en el mercado de esclavos como si fuera una bestia en vez de un ser humano. Durante los primeros días de trabajo en la plantación de Burton pensé que hubiera preferido morir luchando a pasar el resto de mis días en aquel infierno. Algunos franceses que compartían mi cautiverio fueron muriendo y yo pedí a Dios que me enviase pronto a hacerles compañía, pero mi cuerpo soportó las penalidades. Un día — continuó, tras una pausa—, conocí a Ailsa y desde entonces dejé de maldecir mi suerte. No me importaban los trabajos duros y todo lo soportaba con resignación con tal de poderla ver. Logré que el capataz se fijara en mí y obtuve su confianza. Fui el encargado de repartir los pedidos de cañas y procuraba ver a Ailsa cuanto me era posible. Un día supe que correspondía a mi amor y vuestra asquerosa isla me pareció un paraíso. Por las noches, cuando me acostaba en la hedionda celda en que duermen los esclavos, todos los pesares desaparecían al recordar sus palabras y sus besos. Casi bendecí mi esclavitud, pues gracias a ella pude conocer a Ailsa.

Godolphin le había escuchado con creciente furia. Sus ojos semejaban dos dagas y sus labios se plegaron, convirtiéndose en un cepo.

—Puedes dar gracias de continuar vivo, traidor —exclamó.

Bruce se estremeció como si le hubieran fustigado.

—¿Traidor? ¿Por qué?

—Te apresaron navegando en un buque español y sabes que las dos naciones son rivales. Todo súbdito de Su Graciosa Majestad que navega con un enemigo es un traidor.

Henry rompió a reír con desprecio.

—Yo no soy súbdito del Rey de Inglaterra. Soy irlandés y nosotros jamás hemos jurado fidelidad a los que han sojuzgado a nuestra patria.

Godolphin se puso en pie y descargó un puñetazo sobre la mesa.

—¡Perro deslenguado! Te haré pagar caras tus palabras —amenazó—. Por tu soberbia y tu rebeldía por lo desagradecido que te muestras al no corresponder a nuestro generoso trato con un

rebelde como tú, te condeno a sufrir cincuenta latigazos.

—Haced lo que gustéis —gritó Henry—; podréis matarme, pero no vencerme. Me uní a los españoles porque ofrecen refugio a todos los perseguidos y no me arrepiento de haberlo hecho. Entre ellos fui tratado como un igual.

—Por esas palabras recibirás diez latigazos más —advirtió Oliver.

Ailsa cayó nuevamente de rodillas y unió las manos con ademán de súplica. Sus hermosos ojos azules revelaron el más vivo terror, al tiempo que gritaba:

—¡No, no! ¡No le hagáis daño, excelencia! ¡Es bueno! ¡Sabrá corregirse!

Se volvió Godolphin y añadió:

—En cuanto a ti, perra descocada, como castigo por haberte enamorado de un hereje traidor, en vez de aguardar al hombre que tus padres te destinaban, por mostrar tan malas inclinaciones, como desear divertirme y no amar el trabajo, te condeno a que presencies el suplicio de Henry Bruce para que te sirva de escarmiento. — Luego, dirigiéndose al plantador y a los taberneros, ordenó—: A vosotros os haré responsables si estos dos endemoniados vuelven a verse.

Ailsa rompió a llorar desesperadamente. Por un instante, en la silenciosa sala no se oyeron más que sus desgarradores sollozos, que todos escuchaban con indiferencia.

El irlandés dio un paso hacia la muchacha, pretendiendo romper sus ligaduras, pero uno de los filibusteros le colocó en el pecho la punta de su machete.

Godolphin ordenó nuevamente:

—Id y que se cumpla la sentencia.

Los piratas obligaron a la gente a salir del despacho. A empujones, el brutal Burton sacó a Bruce, mientras los Smith arrastraban a Ailsa que inútilmente pretendía acercarse al Gobernador para pedir clemencia.

CAPÍTULO VI

BAJO EL SIGNO DEL ODIO

Se alejaron de la residencia de Godolphin, dirigiéndose hacia la plantación de Burton. Al cruzar las calles los transeúntes preguntaron que ocurría.

—Van a azotar a un esclavo.

Nuevos grupos se unieron a la comitiva, ansiosos de presenciar el espectáculo. La noticia se fué extendiendo por la ciudad.

—Van a azotar a un esclavo. La mujer que le ama debe estar presente; es una orden del Gobernador Godolphin.

Marineros que holgazaneaban por el puerto, viejos pescadores que ya no podían navegar, desocupados que siempre buscaban algo en que entretenerse, chiquillos sucios y harapientos y muchachas ansiosas de contemplar a Ailsa mientras, ante sus ojos, era azotado el hombre que amaba, formaba a una apiñada multitud.

La comitiva salió de Nassau y cruzó entre las alquerías que formaban las afueras del poblado.

Los capataces, al enterarse de lo que ocurría, ordenaban que terminase el trabajo y se dirigían, junto con los esclavos, hacia la plantación de Burton, ya que consideraban que era muy aleccionador que los siervos presenciaran un castigo. La hacienda de Isaac Burton era lo que en Cuba se llama un ingenio. Alrededor de una mansión blanca, junto a la que se agrupaban las chozas donde vivían los esclavos, se extendían los campos de caña de azúcar, que agitaban sus verdes hojas al viento.

En el semicírculo que formaban las cabañas, de los siervos se alzaba un poste en cuya parte alta se veían dos esposas, unidas a la

madera por medio de cadenas. Allí se aplicaban los correctivos a los esclavos.

El gentío que acompañaba a Henry se colocó alrededor del poste. Los siervos de las alquerías cercanas fueron colocados muy cerca para que no perdieran detalle y aprendieran a no irse de la lengua.

Los compañeros de Bruce se agruparon bajo las órdenes de un hercúleo capataz, que acariciaba constantemente la pistola que lucía al cinto.

El irlandés fué empujado hacia el poste por dos filibusteros y le prendieron las manos en las esposas. Luego le desgarraron la camisa, dejándole la espalda al descubierto.

Ailsa lloraba quedamente, sujeta por dos piratas armados. A su alrededor se apiñaban los semblantes de las arpías ansiosas de ver su expresión cuando Henry era azotado. Las muchachas de la ciudad dividían su interés entre el condenado y la joven.

Un sombrío personaje dominaba la escena con su sola presencia. Era alto y enjuto, de tez bronceada y abigarrada vestidura. Lucía un pañuelo anudado en la nuca, botas de campana y aretes en las orejas. Era el capitán Courtney, que el Gobernador había enviado como representante suyo en la sentencia.

Un marinero, de musculoso torso, velludo y tatuado, salió de entre la multitud. Iba desnudo de cintura para arriba y enarbolaba un látigo. Se colocó junto a Bruce y esperó.

Courtney dijo con voz fría:

—Su Excelencia Oliver Godolphin, Gobernador de las Bahamas de Su Graciosa Majestad el Rey de Inglaterra, y Dios le bendiga así como a toda su familia —al decir esto el capitán y toda la concurrencia se inclinaron respetuosamente— ha ordenado a este esclavo traidor y rebelde, Henry Bruce, a recibir sesenta azotes. Deberá presenciar el castigo Ailsa Ellis para que aprenda cuál es el fin de todos los bribones deslenguados. —Hizo una pausa y ordenó —: Comiencen.

El marinero chascó su látigo en el aire, para causar impresión y comprobar la elasticidad del rebenque.

Un empleado de la plantación se colocó junto al verdugo. Era el encargado de contar los golpes para que el condenado no recibiera ni uno menos.

El látigo silbó en el aire y, con un seco trallazo, se estrelló sobre la espalda de Henry. Se estremeció el irlandés al tiempo que sobre la piel morena aparecía un surco escarlata. Ailsa lanzó un chillido de horror y forcejeó para libertarse de los dos piratas que la sujetaban con fuerza mientras se burlaban de su desesperación.

La voz del empleado dijo monótonamente:

—Uno.

De nuevo el látigo cortó los aires y fué a caer en la espalda de Henry Bruce. Los golpes se sucedieron sin interrupción, seguidos por la voz que llevaba la cuenta.

Ailsa se retorció con desesperación entre las garras de los dos filibusteros. A cada latigazo chillaba como si la hubieran azotado a ella. Las lágrimas corrían libremente por sus mejillas al tiempo que gritaba:

—¡Basta! ¡Basta!

Quería libertarse de sus dos guardianes para colocar su cuerpo como protección ante el de Henry, pero los piratas la retenían con fuerza. Intentó volver la cara para no ver la espalda ensangrentada de su novio, pero, con extrema crueldad, los filibusteros la obligaron a fijar la vista en el condenado. Las arpías la injuriaban, haciendo coro a las carcajadas de los piratas. Las muchachas sonreían ante el tormento que se retrataba en el semblante de la joven. Poco a poco, todo lo que le rodeaba, la multitud que reía, los semblantes crueles de los filibusteros y los rostros de las arpías, decrecieron para Ailsa. Dejó de estremecerse y de luchar para liberarse, quedó inmóvil sin hacer fuerza de ninguna clase, con los desorbitados ojos azules fijos en la lacerada espalda de Henry. A cada latigazo gemía quedamente y las lágrimas resbalaban por sus pálidas mejillas.

Era como si su carne fuera la que se desgarraba bajo el látigo, se decía Ailsa. El hombre que azotaban era Henry, su novio. El ser que más amaba en el mundo. Ella, hubiera querido proporcionarle la felicidad más grande de la tierra y por su causa le azotaban. La sangre que caía por la espalda de Bruce le parecía producto de un sueño. No podía ser que a su Henry le estuvieran torturando en su presencia y que ella no hubiera muerto. Se sentía responsable del dolor que el irlandés soportaba. ¿Por qué no corría a interponerse entre el látigo y el hombre que amaba? Los azotes sobre su propia

carne le harían menos daño que al verlos caer sobre el cuerpo de su novio.

De pronto toda la tierra giró ante los ojos de Ailsa y el mundo pareció hundirse en la obscuridad.

Los dos piratas condujeron a la desmayada joven bajo un cocotero y la dejaron a la sombra.

Henry apretó los dientes. Estaba dispuesto a soportar el castigo sin proferir un grito. No ignoraba que los ingleses esperaban descubrir algún signo de debilidad para mofarse de su dolor y el irlandés no quería darles este gusto.

El látigo, al caer sobre sus laceradas espaldas, parecía hundírsele hasta la columna vertebral. Era como si le clavasen hierros candentes en la carne. La voz del contador iba a volverle loco. Siempre cantaba los números con aquella monótona canción, Sintió Henry que le flaqueaban las fuerzas. Debía hacer un esfuerzo y resistir. No podía proporcionar a los ingleses el placer de burlarse de su debilidad. Tan sólo deseaba poderles devolver los golpes. ¡Cuánto daría por encontrarse, machete en mano, en la cubierta de un buque español! Entonces verían aquellos piratas de lo que era capaz. Se escaparía de la isla y se enrolaría en la tripulación de aquel Corsario que enarbolaba un estandarte azul. ¿Cómo se llamaba? El dolor le embotaba los sentidos y no podía recordar su nombre. ¡Pobre Ailsa! ¡Era tan dulce y tan buena! Con su sola compañía había logrado suavizar el infierno de la esclavitud. Aquellos canallas la obligaban a presenciar el castigo. ¡Ya recordaba! El corsario del estandarte azul se llamaba Villegas, el capitán Villegas.

Debía alejar su pensamiento de la tortura a la que se veía sometido. Los golpes y el dolor debilitaron su mente y, de un modo inconsciente fué recordando los episodios de sus amores con Ailsa.

La conoció al poco tiempo de llegar a la isla. No había cesado ni un instante de pensar en la fuga. Todo lo centraba en esta idea, huir para siempre de Nueva Providencia y recobrar la libertad. Por fortuna las Bahamas estaban muy cerca de la colonia española de San Agustín. Pero un día, al entregar en la taberna un cargamento de cañas, vio a Ailsa. No se hablaron y no pudo hacer otra cosa que mirarla, pero no la olvidó. Durante el resto del día no hizo más que pensar en ella y a la mañana siguiente, cuando fué necesario

entregar otro pedido de cañas, se ofreció enseguida para ir. La vio de nuevo. Cambiaron unas palabras triviales y ella le dio un vaso de ron. Desde aquel momento, su conducta cambió por completo. Procuró ganarse la confianza de sus jefes para que le dejaran salir con más libertad y, de este modo, verla mis frecuentemente.

Lo logró sin mucho esfuerzo. Iba cada día a la taberna para entregar las cañas y llegó a intimar con Ailsa. Quedó establecido que charlarían durante unos instantes y que ella le daría ron para contrarrestar el calor.

Consiguió que le permitiesen entregar algunos pedidos por la noche y al pasar por delante de la taberna silbaba un conocido aire irlandés. Una noche, al regresar a la plantación, la encontró sentada junto a la tapia.

Henry se acercó sonriendo. A la luz de la luna, la muchacha parecía mucho más adorable. ¡Qué dulce era su mirada y qué acariciadora su voz! Henry había corrido mucho mundo desde que se fugó de Irlanda, para enrolarse como marinero. Había tocado en todos los puertos del Mediterráneo y alternado con las mujerzuelas de las tabernas marineras y, sin embargo, delante de aquella muchacha ingenua y dulce se sentía cohibido.

La noche del trópico cubría la tierra. Bruce contempló la luna pálida y aspiró el aire fresco cargado con las fragancias de las flores.

—La noche es lo único que hace soportable esta isla —exclamó—. En estos momentos se olvida que sea tan desagradable. ¡Cómo echo de menos la alegría de los puertos del Mediterráneo!

—Para mí, Nassau no es tan feo —aseguró la joven—. Quizá es porque no conozco otro lugar.

—¿Has vivido siempre aquí?

—Sí. Nací en esta isla y jamás he salido de ella.

—El mundo que se extiende más allá de las aguas es hermoso. Quisiera podértelo enseñar, pero tal vez tú seas más feliz en esta isla.

Ailsa tardó en responder.

—No he podido ser muy feliz. La vida me ha tratado mal. Mi tía dice que en el mundo no podemos esperar otra cosa más que trabajo y penalidades. Si es así, yo lo he conseguido todo.

—Una muchacha tan bonita como tú merece mejor suerte —se apresuró a decir el irlandés.

La joven le miró extrañada.

—¿Bonita? —Su voz tembló—. ¿Por qué te burlas de mí? Ya sé que soy fea.

Henry la tomó del brazo para evitar que huyera.

—Escúchame, Ailsa. Yo no me burlo. Eres muy bonita.

Ella ocultó su semblante para que el esclavo no viera las lágrimas que afluían a sus ojos.

—Sí. Te burlas. Mi tía me ha dicho muchas veces que no necesito vestidos bonitos, porque aparte de que son pecado, soy tan fea que todos se iban a reír de mí.

El irlandés acarició el brazo que sujetaba entre sus manos.

—¿Y los marineros que van a la taberna no te han dicho nunca que eres muy hermosa?

Ailsa asintió en silencio.

—¿Por qué crees que lo decían? —volvió a preguntar Bruce.

—Porque estaban borrachos y querían divertirse. Hablaban de las mujeres hermosas que hay en Port Royal, en la Tortuga y en Martinica. Luego se miraban y, sonriendo, decían: «Esta moza tampoco está mal». Yo sabía que se burlaban y por esta razón, les rehuía. No creí que tú quisieras reírte de mí. Eres malo como los otros.

La joven abatió la cabeza y quedamente rompió a llorar. Los sollozos agitaban sus delgados hombros y el brazo que Henry sujetaba temblaba como si le comiera la fiebre.

Bruce la atrajo hacia sí, sin que ella opusiera resistencia. La enlazó por la cintura y comenzó a acariciar la pelirroja cabellera que se apoyaba en su hombro. La muchacha apoyó las manos sobre la camisa del esclavo. Henry murmuró al oído de la joven:

—Ailsa, no me burlo. Ni tampoco se burlaban los marineros que en la taberna te decían que eras muy bonita. Tu tía te ha engañado. Eres encantadora, Ailsa. No he conocido otra mujer como tú y te quiero.

Bruce notó que la muchacha se estremecía en sus brazos.

—Te quiero mucho —repitió el irlandés.

Ailsa alzó la cabeza y miró al joven. A través de sus lágrimas sonreía con indecible dicha.

—No puedo creerlo —exclamó—. Siempre creí que era muy fea y que tú no te fijarías en mí. Deseaba hablar contigo pero me decía

que era inútil y que tú no me harías caso porque no te fijarías en una muchacha tan fea...

Los labios de Henry, al cerrarse sobre los de la joven, cortaron sus palabras.

Desde entonces, se dijo el esclavo, ambos habían vivido en un éxtasis de felicidad que les hizo soportar las penalidades. Pero su pasajera mansedumbre había concluido. No podía perdonar a los ingleses que hubieran obligado a Ailsa a presenciar el tormento. Se vengaría. No descansaría hasta poder huir de Nueva Providencia y conducir a su amada a la Florida.

La voz del contador decía:

—Cincuenta. Cincuenta y uno. Cincuenta y dos.

El látigo cortaba el aire y caía sobre la espalda del esclavo que aparecía ya en carne viva.

Cada vez, Henry se sentía más débil. Nada podía hacer para vencer el efecto de los golpes. Aunque su espíritu se rebelaba, la carne se mostraba débil. Sin embargo, estaba dispuesto a no dejar escapar ni un quejido.

EL látigo continuó cayendo sobre sus espaldas. La voz del contador continuaba indiferente y monótona. La multitud presenciaba el espectáculo en silencio.

—Cincuenta y nueve. Sesenta. ¡Basta!

El verdugo bajó el rebenque y se secó el sudor que le caía por la cara.

—Parece duro el muchacho —dijo el contador.

—La próxima vez haré que aülle hasta romperse las cuerdas vocales —aseguró el marinero.

Dos esclavos soltaron las esposas que sujetaban, las muñecas de Henry, quien cayó al suelo.

Isaac Burton se acercó presuroso.

—¿Ha muerto? —preguntó con inquietud.

—No —aclaró un esclavo—. Tan sólo ha perdido el juicio.

Burton suspiró aliviado.

—Menos mal. Creí que iba a perder las veinte guineas que pagué por él.

CAPÍTULO VII

QUEEN OF THE SEAS^[4]

«El Antillano» surcaba las aguas a lo largo de la costa de Florida, en dirección a las Bahamas.

El Atlántico ofrecía su superficie azul, como una inmensa pista por la que podía cabalgar el corcel con alas de los corsarios en busca de la aventura.

Habían partido de San Agustín hacía ya varios días y nada había sucedido. No encontraron ni un solo buque inglés o francés que se cruzara con su ruta. Ciertamente que no era frecuente encontrarlos por aquellas aguas, pero a Villegas le hubiera interesado probar a sus cien reclutas en la lucha.

Desde el puente, donde paseaba inquieto, veía a los aventureros agrupados alrededor del palo mayor. Algunos se sentaban en el suelo, otros sobre rollos de cuerda y no faltaban los que se mantenían en pie.

Los centinelas permanecían en sus puestos, con el arma al hombro, y otros dormían sobre cubierta, a la sombra de las velas o de la borda. Muchos descansaban en la cámara y en el entrepuente los artilleros de guardia jugaban a los dados.

En un extremo fumaban pacientemente el pífano y el tambor, esperando que se hiciera necesario tocar alarma.

El capitán fijó su atención en los que se reunían junto al palo mayor. Eran reclutas en su mayor parte, muchos de los cuales, los marineros principalmente, vestían sus ropas antiguas. Los espadachines y los cazadores habían cambiado sus gastadas vestiduras o sus pantalones y blusas de hilo blanco por prendas que

compraron con el adelanto de la paga y que no obedecían a más regla ni más orden que su gusto personal. Así, los que presumían de hidalgos y de nobles adquirieron casacas y pantalones oscuros y altas botas; los espadachines y soldados coletos de ante, capas coloradas y chambergos emplumados, y los cazadores calzones de marineros y camisas de tela recia. En cuanto a las armas, tan sólo algunos conservaban sus tizonas o sus espadas de soldado, los demás se armaban con los machetes y las picas o los arcabuces que el sargento Leyden les había dado.

Como era su primer viaje, pasaban la mayor parte del tiempo en cubierta esperando ver al enemigo antes de que el vigía lo anunciase. No se cansaban de admirar la enseña española que ondeaba en la popa ni el estandarte azul, quemado por el sol y rasgado por las balas, que flameaba en el palo mayor.

Como Mendoza era el cabo de guardia, contando con su amistad, los dignos caballeros Menergas, el Tuerto y el Extremeño, que no creían que el capitán oyese su conversación, maravillaban a los reclutas con fantásticos relatos.

Menergas se pavoneaba, acariciando la empuñadura de acero.

—Llegáis en mal momento, señores reclutas. —Decía—. Ya no se ven batallas como aquéllas en que el Tuerto quedó ciego y a mí me abrieron la cabeza.

Un cazador, joven e ingenuo, abrió los ojos con asombro.

—¿Cuándo quedó ciego el Tuerto? —balbuceó.

El aludido se apresuró a aclarar:

—Mi señor Tuerto debéis decir, recluta.

—Sí, cuándo quedó ciego —repitió Menergas—, y cuándo a mí me abrieron la cabeza de tal modo que se me veían los sesos.

—¿Y a vos nada os ocurrió? —le preguntó con sorna un espadachín al Extremeño.

—Sí, por cierto. Una granada estalló junto a mí y me llenó de metralla.

—Pues nada se os nota —volvió a decir el cazador joven.

—¡Oh! —exclamó el Tuerto—. Es que el escudero del capitán posee un remedio aprendido de los musulmanes que todo lo cura.

—¿Cuál es?

—Sí, decidlo.

Menergas carraspeó con fuerza.

—Tengo la garganta tan seca que no puedo hablar.

Un cazador se apresuró a ofrecerle una calabaza llena de ron que el corsario aceptó sin chistar. Después de beber un trago, muy largo, la pasó al Tuerto. Éste le imitó y la pasó al Extremeño. Menergas iba a hablar, pero el Tuerto se lo impidió.

—No sé si Fajeda os permitiría que divulgarais un secreto que tanto le costó averiguar.

—Pero siendo para unos compañeros... —objetó el Extremeño.

—Así y todo —volvió a decir el Tuerto— pensad que Pedro tuvo que matar a unos cincuenta turcos y arrancarle el secreto a un derviche para enterarse y que nos hizo prometer que jamás lo diríamos.

—Eso es cierto —asintió Menergas. El Extremeño repitió tristemente:

—Es cierto.

—Por favor —rogó un marinero—, pensad que podéis salvarnos la vida. Os daré dos doblones.

—Y yo otros dos.

Los tres corsarios negaron con la cabeza. El marinero alargó la mano con los dos doblones. Esto fué la señal. Todos alargaron su contribución, Iban los tres amigos a apoderarse del dinero, cuando se oyó la voz del capitán Villegas.

—¡Manergas!

Al instante se cuadraron todos los corsarios.

—Venid aquí. ¡Rápido!

Las órdenes del jefe no se discutían a bordo de «El Antillano», ni sufrían retraso. Los corsarios echaron a correr y se dirigieron al puente. Diego clavó sus ojos en ellos y, tras un silencio que intranquilizó a los tres amigos, dijo:

—Explícame a mí el remedio maravilloso de Fajeda.

Tituberon los corsarios, pero el capitán apremió:

—¡Rápido! —Y conteniendo una sonrisa, agregó—: ¿Es que pretendíais engañar a los reclutas?

Jamás se supo si era ésta la intención de los tres amigos, porque en aquel instante gritó el vigía:

—¡Buque a babor!

Quedó olvidado el remedio maravilloso y todos se lanzaron sobre la borda para divisar la nave que aparecía a lo lejos.

Nuevamente anunció el vigía:

—¡Fragata de guerra! Enarbola el pabellón inglés.

Un grito partió de todas las gargantas. Por fin entablarían combate.

Villegas les gritó a los músicos:

—¡Toquen alarma!

Al instante el pífano y el tambor esparcieron sus notas por el galeón, llamando a los corsarios. Se oyó un rumor de pasos y el murmullo de las conversaciones, al tiempo que de sus bodegas comenzaban a surgir los hombres dispuestos para el combate. Sin cesar, se oían las voces de Leyden y de Azogue:

—¡Rápido! ¡Rápido!

De la cámara salieron a toda prisa Ohando, Pérez de Lerma y Diosdado, ajustándose los tahalíes.

Los piqueros formaron rápidamente, mientras los arcabuceros se encaramaban a sus puestos, cebando las armas. Los marineros escalaron las jarcias para ejecutar la maniobra y los artilleros dispusieron las piezas. De un lado para otro corrían, transportando cestos de municiones y barriles de pólvora. Soplaban las mechas, esperando la orillen de fuego.

En el entrepuente, Matholi hacía sus cálculos sobre la calidad de la nave enemiga.

Fajeda apareció, como por ensalmo, junto a Villegas, entregándole la tizona y las pistolas. El catalán sonreía can fiereza.

—Será un combate magnífico, ¿verdad, señor capitán?

—Haremos lo posible —asintió Diego, al tiempo que se colocaba las armas.

Pérez de Lerma daba órdenes en la cubierta, mientras Ohando examinaba la nave a través de su catalejo.

Las dos embarcaciones se fueron acercando lentamente. Ambas habían identificado a su rival. El combate era inevitable. Las dos tripulaciones permanecieron en sus puestos, aguardando el momento de cargar.

Destacaban sobre la cubierta de la fragata los coletos escarlata de los mosqueteros ingleses.

A una orden de Azogue unos cincuenta marineros se encaramaron a lo alto de las vergas.

Villegas permaneció inmóvil en el puente, contemplando a la

nave adversaria a través de su catalejo. Lentamente se fueron acercando hasta que éste ya no fué necesario y pudieron verse los enemigos a simple vista.

Diego gritó con todas sus fuerzas:

—¡Fuego!

Rápidamente se extendió la orden por la cubierta y por el entrepuente. Rugieron los cañones corsarios y el galeón se estremeció sobre las aguas. Se vio cómo se ladeaba la fragata al impacto de las balas y rápidamente volvió a su posición primitiva. Una nueva andanada desgarró los costados del navío inglés, destrozando cañones y matando a los artilleros. Sobre la cubierta cayeron los británicos barridos por la metralla. La artillería enemiga abrió fuego para contrarrestar el bombardeo de los corsarios, pero «El Antillano» contaba con mayor número de cañones y de más calibre.

Avanzó el galeón sobre la fragata, arrojando una lluvia de fogonazos y de metralla.

—¡Preparad los garfios! —ordenó Diego.

Los arcabuceros, desde sus puestos, abrieron fuego sobre los ingleses. Los disparos de fusil y de pistola quedaban ahogados por los estampidos de los cañones.

Los arcabuceros se acercaron a la horda, donde los marineros se disponían a danzar dos garfios. En sus puestos, los del arcabuz disparaban sobre la nave enemiga. En lo alto de las vergas, descansaban varios marineros.

Las dos naves se encontraban ya muy cerca. La artillería corsaria reventaba los costados del buque enemigo y las portañolas desde donde disparaban las piezas inglesas saltaban hechas astillas.

Sobre la cubierta de la fragata caían metralla y granadas que barrían a la tripulación. Los arcabuzazos derribaban a los mosqueteros, cuya sangre no se veía sobre los coletes escarlata.

La voz de Villegas dominó el estruendo del combate:

—¡Lanzad los garfios!

Volaron éstos por el aire haciendo presa sobre la borda de la fragata. Comenzaron a tirar los corsarios de las cuerdas hasta que chocaron los cascos de las dos embarcaciones.

El capitán Villegas agitó su tizona en el aire.

Del galeón se elevó un grito que los ingleses conocían muy bien

y que les heló la sangre en las venas:

—¡Santiago y cierra España!

En pos de su jefe, los corsarios se lanzaron al abordaje. Flamearon los aceros al sol. Como un alud de toros bravos cargaron, esgrimiendo sus armas. Las picas y los machetes se agitaban en el aire, al tiempo que los españoles saltaban sobre la nave enemiga. Cayeron entre los enemigos, repartiendo tajos y golpes, abriendo cráneos y cercenando músculos.

Los artilleros saltaron por las portañolas hacia el buque adversario. Por los estrechos pasadizos atacaron a los británicos con los machetes y las pistolas, apartándoles de las piezas y persiguiéndoles por los pasillos.

Los marineros apostados en las vergas saltaron a los mástiles adversarios y se deslizaron por las cuerdas hasta caer en cubierta.

La batalla se generalizó. Chocaban los aceros y las picas. La sangre corría por las maderas, mientras les corsarios y los ingleses se atacaban con saña.

Atacados los británicos por tres partes, los que siguieron a Villegas, saltando por la borda, los artilleros de Matholi y los marineros que se descolgaron de las vergas, rompieron sus formaciones, luchando a la defensiva.

Los corsarios no daban cuartel. Sabían que el enemigo tampoco lo daba en sus batallas y cargaban furiosos y ciegos de ardor. Las picas se veían enrojecidas y los brazos que enarbolaban los aceros parecían haberse bañado en sangre.

Los ingleses esgrimían sus espadas, intentando desviar los golpes, pero los machetes les derribaban. Las picas abrían brecha en su resistencia y sobre el fragor de la lucha sonaba de cuando en cuando un seco pistoletazo.

Villegas se abría camino hacia el puente, desde, donde el capitán enemigo daba órdenes a sus hombres.

Un corpulento sargento le salió al paso, blandiendo una espada. Diego paró el golpe y se lanzó a fondo. El inglés desvió la tizona y a su vez atacó. Hizo el corsario un molinete que arrancó el arma de manos del sargento y le atravesó de parte a parte.

Luego saltó con agilidad sobre el puente de mando, en busca del capitán de la fragata.

CAPÍTULO VIII

HENRY NO SE RESIGNA

Los dos capitanes se enfrentaron con los aceros desnudos. El inglés, rojizo y sanguíneo, con el colete escarlata cuidadosamente abotonado hasta el cuello y el chambergo adornado de plumas rojas. El español, bronceado y fogoso, en mangas de camisa, con el cuello flotando al viento.

Se midieron un instante y chocaron las armas. El británico empleaba la esgrima francesa, muy florida y elegante, endurecido por los años pasados en la marina de guerra. Villegas esgrimía al uso español, pródigo en estocadas y golpes, cuya única finalidad era matar al adversario. Los músculos de acero del corsario se mantenían tensos, dispuestos a la lucha.

Al unísono se lanzaron al ataque. Los ojos del inglés se veían inyectados en sangre, cegado por el odio. En el enjuto semblante de Villegas resplandecía una sonrisa de audaz descaro.

Intentó en vano el británico abrir la guardia férrea del corsario, que se había colocado a la defensiva. Una y otra vez atacó al español, procurando abrir aquella barrera de acero que formaba la tirón del corsario.

De pronto, cambió la situación de los luchadores. Quedó Diego a la ofensiva y comenzó a hostigar al capitán inglés. Éste se sintió acorralado. Toda su experiencia de oficial de marina británica resultaba inútil ante la tizona española.

El afilado acero le amenazaba como si se hubiera convertido en ciento. Nada podía hacer para evitar una muerte cierta, tan sólo lograría retrasarla.

Súbitamente, cayó al suelo el capitán Villegas, soltando la espada. Lanzó un grito de alegría el inglés. Su enemigo se encontraba inerte a sus pies. Con el acero en alto, se abalanzó sobre su postrado adversario. En sus ojos relucía el odio y el ansia de matar.

Diego saltó ágilmente hacia un lado, logrando esquivar la acerada hoja. Se puso en pie con rapidez y quiso recoger su tizona, pero el inglés la apartó de una patada.

Villegas irguió la cabeza, mirando a su rival, que le amenazaba con su espada, y lanzó una carcajada de desafío.

—¿Por qué no me matas? —preguntó—. Aprovecha esta ocasión, que no se volverá a presentar.

El británico se lanzó a fondo, centelleando la hoja al ser herida por el sol. Diego se dejó caer y el acero pasó inofensivamente sobre su cabeza. Luego, con increíble agilidad, se dispararon sus músculos y saltó hacia adelante, atenazando con sus brazos de acero la cintura del adversario. Le levantó en vilo, al tiempo que gritaba el inglés y pretendía herirle con su espada.

El español le alzó con fuerza, arrojándole contra el palo trinquete. El marino fué a chocar contra el mástil, rompiéndose la columna vertebral. Quedó en el suelo, retorciéndose en los últimos estertores de la agonía.

Villegas tomó su tizona a tiempo de detener a cinco ingleses que le acometían espada en mano. Su acero centelleó en el aire al detener las hojas enemigas. Solo, combatía en el puente contra los coletos escarlatas.

Uno de los cinco adversarios se expuso demasiado. La tizona, en un rápido molinete, le arrancó la espada. Entonces el inglés sintió que una mano férrea le atenazaba por la garganta y perdió el mundo de vista. Diego lo atrajo hacia sí, colocándole ante su cuerpo a modo de escudo. Luego siguió batallando contra los otros cuatro. Un mosquetero rubio y desgachado cayó, con el corazón partido de una estocada. Otro recibió un tajo en la garganta.

De pronto, el hombre que el corsario tenía ante sí lanzó un alarido de dolor. Una espada le había atravesado el vientre. Villegas lo lanzó con fuerza sobre el que le había matado y ambos cayeron al suelo. Entonces cargó sobre su único enemigo. Era éste un robusto sargento, que enarbolaba una espada. Le persiguió el

corsario, amenazándole con su tizona hasta que le arrinconó contra la borda. De una rápida estocada le atravesó el pecho.

En el puente, se levantó el inglés al que habían arrojado él cadáver. Empuñó una pistola, disponiéndose a hacer fuego sobre la hercúlea figura del corsario.

Un brazo de hierro le enlazó por la garganta, comenzando a ahogarle con inexorable precisión.

Fajeda, pues él era quien le abrazaba, le dijo con sorna:

—¿Creías que ibas a engañar a los españoles?

Continuó apretando hasta que el inglés no fué más que una masa inerte entre sus brazos. Luego le soltó.

De pronto, Pedro distinguió un destello entre los luchadores. Era un mosquetero que corría enarbolando una antorcha. El catalán comprendió enseguida que se encaminaba hacia la Santa Bárbara. Iba a volar el buque y él se encontraba demasiado lejos para rebanarle el cuello. Pero no consentiría que un asqueroso pajizo asesinara a sus compañeros. Desnudó el puñal y lo balanceó en el aire, arrojándolo con fuerza. La curvada hoja cruzó el espacio y fué a hundirse en la espalda del inglés, que cayó soltando la antorcha.

La tea encendida quedó sobre la cubierta. Otro cualquiera podía tomarla y concluir el trabajo que impidió el escudero, o podía prender en las secas maderas de la cubierta e incendiar la nave. Además, se encontraba ya muy cerca de la escotilla por la que caería en la Santa Bárbara con facilidad. Debía impedirlo, pero él no podía llegar hasta allí con la necesaria rapidez.

De pronto se fijó en un corsario que se batía con un gigantesco marinero.

—¡La antorcha! —gritó—. ¡La antorcha, Menergas!

El aludido comprendió al instante lo que ocurría. Derribó a su adversario de un golpe de alabarda y tomó la encendida tea. Pudo ver entonces a su entrañable amigo el Tuerto, a quien dos ingleses habían derribado y a quien iban a matar. Aplicó la antorcha a la espalda de los británicos, que lanzaron un aullido de dolor y soltaron a su víctima. Menergas les golpeó con la antorcha, obligándoles a retroceder. Mientras, el Tuerto se puso en pie y los dos amigos acabaron pronto con los ingleses. Luego arrojaron la antorcha al mar.

Fajeda se reunió con su capitán.

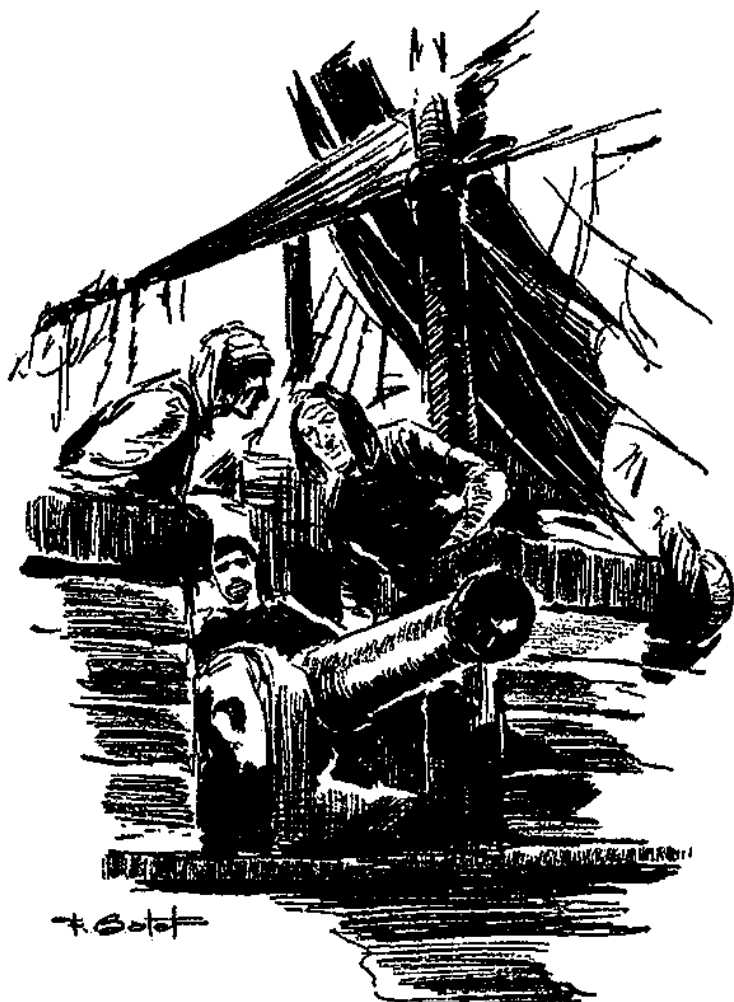
—Acuchillemos a los que aun quedan en pie —propuso Pedro.

Villegas asintió y, enarbolando sus aceros, se lanzaron sobre el enemigo. Las dos hojas abrían brechas entre los ingleses, que eran acorralados por los corsarios.

Lentamente, el círculo de armas españolas se iba cerrando sobre la tripulación británica. Al fin, los enemigos cayeron bajo la oleada de machetes, tizonas y picas.

Entonces el capitán se volvió a sus hombres.

—Transportad a bordo de «El Antillano» las municiones y las armas —ordenó—. Luego incendiad la nave.



Durante tres días trabajaron los carpinteros colocando diez piezas más.

Los corsarios se extendieron por la fragata a cumplir las órdenes del jefe.

Diego, seguido por Fajeda y por y Pérez de Lerma, se acercó al mástil en el que ondeaba la bandera inglesa y comenzó a arriarla. Luego se la dio a su escudero y le ordenó:

—Déjala en mi camarote y dile a Matholi que venga.

Partió Pedro a cumplir el encargo y entonces se volvió hacia el alférez.

—Estuve pensando que necesitamos más artillería para emprender esta empresa. Contamos con cuarenta piezas. Algunos de los cañones, de esta fragata nos pueden ser útiles.

Pérez de Lerma asintió.

—El único problema reside en si podrán acoplarse en nuestro galeón.

—Por eso he llamado al condestable.

Llegó el siciliano y Diego le expuso su plan. Luigi lo aprobó al tiempo que decía:

—Non es difícil faceré —aseguró—. En tre díe coloco la pieza.

El capitán se dirigió hacia su camarote mientras Ohando repasaba los desperfectos del galeón, el alférez ordenaba el traslado del botín, Azogue y Leyden curaban a los heridos y Matholi elegía los mejores cañones entre aquellos que no habían destrozado sus certeros disparos.

Villegas entró en el camarote; Fajeda le esperaba. Tomó el capitán la enseña que había capturado y examinó las panoplias que adornaban las paredes. Una de ellas contenía armas capturadas, la tizona de Lope Alvarez^[5], el florete de Walter Stout^[6], y las pistolas de Francois L'Olonais^[7]; otra, obsequios que Diego recibió como premio a su valor: una tizona con empuñadura de oro, regalo del duque de Leyva, Gobernador de Nápoles, un alfanje con rubíes engarzados en el mango, obsequio del comendador de la Orden de Malta, un arcabuz de fina construcción, que recibió de manos del anciano Wallenstein, y unas magníficas pistolas engarzadas en plata que le diera el marqués de Spínola. En otra se veían los despojos de guerras más importantes que capturó durante su accidentada vida de soldado, antes de marchar a las Indias Occidentales. Una espada de dragón inglés, un alfanje turco, un machete de abordaje holandés, un casco de soldado francés, un florete italiano y una daga suiza. Sobre una mesa se veía un magnífico coselete adamasquinado y una celada, que innumerables veces Diego usó al capitanear compañías de los Tercios y que forjó uno de los mejores armeros de Toledo. Por último, en una cuarta panoplia se encontraban las banderas que capturó en su vida de corsario. Varias banderas inglesas, entre ellas las de Norfolk, Port Royal y

Jamestown, alguna francesa y otras de «La Hermandad de la Costa». Junto a ellas colocó la que había capturado a la fragata.

—Es curioso —comentó Fajeda—; estas enseñas resultan odiosas en el palo mayor de una nave y, sin embargo, en esta panoplia son hasta bonitas.

Se abrió la puerta para dar paso a Pérez de Lerma.

—¿Sabes cómo se llamaba la fragata? —exclamó sonriendo con petulancia—. «Reina de los Mares».

El navío inglés, después de trasladar las municiones y los trofeos, fué incendiado. Durante tres días trabajaron los carpinteros colocando diez piezas más, de modo que el galeón contó con cincuenta bocas de fuego.

* * *

Henry Bruce trabajaba inclinado bajo los abrasadores rayos del sol. El torso desnudo relucía bajo el sol y los cabellos, bajo el sombrero de paja, se pegaban a la frente.

Junto con otros esclavos, transportaba cubos de agua para regar las plantaciones de caña. No lejos, un capataz, con el mosquete en bandolera y el látigo en la mano, vigilaba la conducta de los cautivos.

Eran éstos hombres de distintas nacionalidades, capturados por los bahameses en algún abordaje, o en un naufragio. Los había de todas las edades, jóvenes casi niños, hombres plenos de vigor y ancianos para quienes tan sólo la muerte ofrecía una última esperanza. Vestían sucios y remendados calzones de hilo, rotas blusas, y sombreros de paja, y todos iban descalzos. Algunos, a efectos del calor, iban desnudos de cintura para arriba.

Se veían también negros, robados en Cuba, indios, capturados en Florida, que vestían tan sólo un ligero taparrabos.

Henry figuraba entre los esclavos. Se advertían en su desnuda espalda las señales de los latigazos. Desde que fué castigado era mucho más dura su existencia. No gozaba ya ni de un instante de descanso y la vigilancia que sobre él ejercían no cesaba ni un momento.

Pero el joven no se resignaba a continuar aquella vida cruel y dura. Estaba dispuesto a huir, aunque le mataran.

Desde el momento en que, casi desvanecido, le dejaron en la

cabaña que albergaba a los esclavos, estuvo madurado un plan de fuga.

Al principio no pudo pensar con claridad. El dolor embotaba sus sentidos y le parecía que le clavaban hierros candentes en la espalda. Sus compañeros de esclavitud le curaron, rociándole con agua de la ración que les daban para beber, pues los capataces no se preocuparon de su estado, pensando que era lo mismo, que muriese o que no.

Conforme se fué curando, su decisión de escapar se hizo más fuerte. Comunicó su plan a dos españoles que eran los más audaces de todos los cautivos. Sonrieron los dos esclavos al oír sus palabras y le explicaron que habían ocultado una canoa entre las rocas de la costa. La casualidad hizo que la encontraran mientras pescaban tortugas por encargo de Isaac Burton. Cada día llevaban hasta ella una porción de alimentos para poder comer durante la travesía hasta Cuba. Si Henry quería, contarían con él.

Asintió el irlandés y contribuyó como los demás a almacenar provisiones en la canoa. Muy pronto habrían reunido suficientes alimentos para llegar a la isla vecina, pero Bruce estaba decidido a no marchar hasta que hubiera convencido a Alisa para que les acompañara.

No había tenido ocasión de hablar con ella desde la noche en que habían sido detenidos, y hasta sus oídos había llegado la noticia de que la maltrataban sus padrastros. No podía dejarla en aquella isla. No pararía hasta hablar con ella y convencerla de que debía embarcarse en la canoa.

CAPÍTULO IX

PLANES DE FUGA

Siguió trabajando Henry, sumido en sus pensamientos y roído por el odio. De pronto, una figura femenina pasó por el camino que bordeaba la plantación y se internó en la selva. Sostenía un cesto como si se dirigiera a buscar frutos.

Bruce se estremeció. La muchacha, era Ailsa y, al pasar junto a la plantación, dirigió una mirada a los esclavos. Era la oportunidad que buscaba para hablar con ella y no podía desaprovechar la ocasión. No le sería difícil alcanzarla y exponerle sus planes, protegido por la frondosidad del bosque.

Se acercó a su vecino y le dijo en voz baja:

—Voy a esconderme en el bosque. Distrae a los capataces hasta que vuelva.

—Ten cuidado —recomendó el esclavo—; no hagas locuras.

—Es imprescindible que me vaya —declaró el irlandés.

Aprovechando un descuido de los vigilantes, Bruce se dejó caer al suelo y, arrastrándose como un reptil, se ocultó entre la maleza. Por un instante se detuvo para cerciorarse de que el camino estaba libre. Nadie le había visto. El trabajo continuaba con igual ritmo y los capataces animaban perezosamente a los esclavos. Sus voces se oían en el silencio que envolvía la selva. Alrededor del irlandés zumbaban los insectos. Henry continuó arrastrándose en dirección del camino que había seguido Ailsa. Cada vez era mas denso el follaje. Al fin pudo levantarse y continuar de pie su marcha. Las voces de los capataces y el rumor del trabajo iba quedamelo apagado a lo lejos.

Bruce continuó su camino. La selva se extendía a lo largo de un sendero por el que se había internado Ailsa. Temía que la muchacha se hubiera alejado demasiado y que le sería imposible hablar con ella. Aun a riesgo de abortar la fuga, no estaba dispuesto a renunciar a la entrevista. Corrió como enloquecido, apartando la maleza. No podía fallarle aquella oportunidad. Su contenido anhelo de ver a la joven, de oír su voz y de estrechada entre sus brazos despertaba entonces con la fuerza de un encabritado corcel.

Durante muchos días el odio y los planes de fuga habían dormido cualquier otro sentimiento. Tan sólo pensó en la manera de salvarse y en disponer el medio de recobrar la libertad, alcanzando las colonias españolas. Su odio por los verdugos que le habían torturado le cegó de tal manera que en ocasiones hubiera cambiado todas las probabilidades de fuga por una oportunidad de acuchillar a Oliver Godolphin. Pero en aquel instante, al ver de nuevo a la muchacha, sintió el anhelo de sus caricias y de sus besos, deseó el consuelo de su voz y de su compañía y poderla reconfortar de las penas pasadas. Además, era necesario que la convenciese para que se fugara con él de la isla. Corrió sin descanso, buscando en el sendero la delgada silueta de Ailsa.

Por fin la vio avanzar con el cesto al brazo. Tuvo que contener un grito de alegría. Si la llamaba entonces podrían oírle y desbaratar la fuga. Apresuró el paso hasta llegar a la altura de la muchacha y entonces dijo con voz clara:

—¡Ailsa! ¡Ailsa! No te asustes. Soy yo, Henry.

Se detuvo la joven, mirando a su alrededor, sin poder creer lo que oía.

Bruce volvió a decir:

—No te asustes. Mira a ver si alguien te vigila.

Ailsa hizo lo que le ordenaban y contestó:

—No me ve nadie. ¿Dónde estás tú?

—En la espesura. Ven.

La muchacha corrió hacia el lugar que el irlandés indicaba y entró en la maleza. Apartó los matorrales y las lianas con desesperación, buscando a su amado.

De pronto se encontró ante Bruce. La sorpresa le hizo gritar. Le temblaban los labios y sus ojos se veían nublados por las lágrimas.

—¡Henry!

Los dos enamorados se abrazaron con pasión. Ailsa apoyó la cabeza en el desnudo pecho del esclavo y rompió a llorar amargamente, al tiempo que Bruce le acariciaba el cabello.

—¡Henry, Henry! —sollozó la muchacha—. No sabes cómo he sufrido, ni cómo deseaba volverte a ver. No me han dado ni un momento de reposo, torturándome siempre con lo que ellos llaman mi pecado. Y yo no he cometido ningún mal. No he hecho más que quererte, quererte mucho. —Alzó la cabeza y clavó sus ojos, velados por el llanto, en el semblante de Bruce—. ¿Verdad que no es ningún pecado el que nos queramos?

Henry la estrechó con fuerza sobre su corazón.

—No, Ailsa. No es pecado. Tan sólo el odio y la intolerancia de esos ingleses constituye un pecado. No saben reír porque sus corazones están llenos de codicia y ya no cabe sitio para la felicidad. Pero no dejaremos que nadie nos trunque la nuestra. Lucharemos para obtenerla, pese a todos los que se opongan.

Suspiró aliviada la joven y apretó su cuerpo contra el del esclavo.

—No sabes cuánto deseaba oírtelo decir, Lo único que me importa es que me quieras. Con la certeza de tu amor estoy dispuesta a soportar todas las crueldades del mundo y todos los malos tratos a los que quieran someterme. Soy débil y cobarde, pero tu cariño me da las fuerzas y el calor que a mí me faltan.

Bruce la besó con fuerza una y otra vez. La joven alzó los brazos, cerrándolos alrededor del cuello del irlandés y ofreció sus labios. Henry, al besarla, recogía las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Yo te defenderé, mi vida —aseguró—. No dejaré que te hagan daño. Buscaremos la dicha en las colonias españolas.

Ailsa sonrió, entre sus lágrimas.

—Me alegra oírte hablar así —dijo—, pero debemos resignarnos a nuestra suerte. No nacimos para ser felices y nuestra única esperanza es amarnos en silencio.

Henry la miró, sonriendo.

—Quizá no —aseguró—. Es muy posible que podamos abandonar esta maldita isla para siempre.

Le miró Ailsa sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

—Escúchame —dijo—. Tengo escondida una canoa y alimentos. Con dos amigos pensamos hacernos a la mar y dirigirnos hacia Cuba. Tú vendrás con nosotros.

—Estás loco, Henry —exclamó la joven—. Te matarán.

—¿Y si puedo huir?

—No podrás. Es imposible. Nadie ha logrado jamás huir de las Bahamas.

—¿Es que prefieres que nos muramos aquí de desesperación y de odio? —exclamó—. ¿Es que no es mejor arriesgar la vida para alcanzar la felicidad?

Ailsa fijó los ojos en el infinito.

—Nos perseguirían con sus faluchos y nos darían caza. Entonces todos los tormentos les parecerían poca cosa para castigarnos.

Henry la tomó por los brazos y la obligó a mirarle.

—¿Es que tienes miedo?

—Sí —dijo la joven estremeciéndose—. Tengo un miedo terrible a las penalidades a que debemos arriesgarnos. Desafiar el mar con una frágil canoa. Exponernos al hambre y a la sed, a perder el rumbo y a desaparecer en el océano. Navegar durante varias noches frías o días calurosos, a merced de las tormentas y de los huracanes. Sí, Henry, tengo miedo.

Tras una pausa Bruce agregó:

—¿Prefieres continuar aquí, esperando la muerte, sin ninguna esperanza de salvación a una débil probabilidad, pero probabilidad al fin, de salvación? Es cierto que nos arriesgamos a todos esos peligros que tú dices y quizá a más, pero ¿es muy distinta la suerte que aquí nos espera? Al fin y al cabo, en el peor de los casos, cambiamos una muerte breve, aunque entre tormentos, por una larga vida de miserias y de torturas, a cuyo fin también nos espera la muerte. Serán muchos años de permanecer separados, lejos el uno del otro, amándonos en silencio, que arriesgamos para estar unos días juntos y morir juntos también. Y, si la suerte nos acompaña, una larga vida juntos en alguna colonia española a la que jamás acudirían los ingleses. Los dos españoles que huirían con nosotros tienen una voluntad de hierro y son hábiles marinos. Cosas más difíciles han hecho los conquistadores y no contaban más que con su audacia. ¿Quieres arriesgarte, Ailsa?

La muchacha tardó en responder. Sus ojos permanecían fijos en

el semblante del irlandés.

—Contigo iré al fin del mundo.

* * *

Un marinero se dirigió a toda prisa hacia la residencia de Oliver Godolphin. Los dos piratas que montaban guardia en la puerta le cerraron el paso.

—¿Dónde vas tan deprisa?

El marinero les miró como alucinado.

—Debo entrevistarme con el Gobernador. Traigo una gran noticia para él.

Le miraron con desconfianza los filibusteros.

—¿Qué es? —dijo uno—. ¿Que se acerca el capitán Villegas?

—Eso mismo.

Los dos centinelas se miraron con incredulidad.

—¿Cómo has dicho?

—Que el buque del capitán Villegas ha sido divisado a barlovento.

—¿Quién lo ha divisado?

—Yo mismo.

Se rascaron la barbilla los dos filibusteros, como si dudaran de lo que debían hacer.

—El Gobernador está reunido con Alridge y con otros dos. Han dicho que nadie debe interrumpirles. ¿Estás seguro de que se trata del capitán Villegas?

—Sí. Vi un estandarte azul que ondeaba sobre el galeón.

Sin más palabras, los centinelas le abrieron la puerta. Echó a correr el marinero, pisando las baldosas con sus descalzos pies. Dos nuevos filibusteros le salieron al paso.

—Debo ver al Gobernador. ¡El capitán Villegas viene!

Llegó por fin el marinero ante el despacho de Godolphin. El sucio y desgredado pirata que montaba guardia ante la puerta, le amenazó con el machete.

—¿Dónde vas con esas prisas?

—¡El capitán Villegas viene hacia aquí!

Pegó un brinco el centinela y abrió la puerta del despacho.

El marinero entró en la habitación. Los goznes chirriaron. Una voz agria exclamó:

—¿Quién anda ahí?

En el extremo del despacho se encontraban Oliver, Clement Alridge y otros tres hombres.

Godolphin volvió a preguntar:

—¿Quién anda ahí?

El marinero respondió humildemente:

—Soy yo, excelencia.

—¿Qué es lo que quieres? Haré azotar a los guardias. Di orden de que no dejaran pasar a nadie.

—Es que —se atrevió a decir el marinero con timidez—, venía a anunciar a vuestra excelencia que el capitán Villegas se acerca a Nassau.

Los reunidos se pusieron en pie de un brinco.

—¿Qué dices? Explícate. ¡Vivo! —ordenó el Gobernador.

—Soy pescador, excelencia, y me encontraba con mi falucho bastante lejos de la costa. Vi entonces un galeón que se acercaba por el horizonte. El estandarte azul ondeaba en el palo mayor.

Godolphin dio una palmada sobre la mesa.

—Es la ocasión que esperábamos. Le capturaremos, mandándole al Gobernador de Port Royal la cabeza envuelta en la bandera azul. ¿Cuál es la situación en la que se encuentra ese corsario?

El marinero la indicó. El jefe puritano se volvió hacia su lugarteniente.

—Clement, reúne la flotilla de faluchos y parte en su busca. ¡Por Jové!, que si le capturamos vivo le haré desear la muerte e incluso pedirla a gritos.

* * *

Hacia el puerto, donde atracaban unos cincuenta faluchos, se dirigieron los piratas de Nassau. Eran hombres extraños y sucios. Vestían gastadas ropas de marinero o los duros, atuendos de los pescadores y no faltaban los que se vestían como los campesinos y los cazadores e ingleses de las Indias Occidentales.

Formaban un extraño conglomerado de revueltas cabelleras, barbas hirsutas y lacios bigotes. Se veían camisas de hilo, blusas de lona y chaquetas de ante. La mayoría iban descalzos, pero muchos ostentaban botas, zapatos e incluso abarcas de cuero. Los amplios calzones de marinero contrastaban con los cortos de los pescadores

y con los pantalones de los granjeros. Se cubrían la cabeza, aquellos que lo hacían, con sombreros de paja o de cuero, con chambergos o con pañuelos. Al cinto lucían machetes o espadas y dagas y pistolas. Muchos apoyaban el mosquete, un arpón o un hacha de abordaje al hombro. Eran aventureros indeseables, pero sus semblantes carecían de la alegre y desenfadada expresión de los corsarios españoles. Se les veía ceñudos y sórdidos.

Saltaron sobre los faluchos, en cada uno de los cuales habían montado una culebrina.

Desde el puerto, Clement Alridge daba órdenes y dirigía el embarque de sus tropas. Cuando todos se encontraban a bordo, saltó él sobre una de las embarcaciones, que al instante izó la vela latina y el pabellón de Inglaterra.

La flotilla partió de Nassau, internándose en el mar que resplandecía como si agitase millares de brillantes.

En la ciudad se dispusieron a defenderse de un posible ataque de los españoles.

CAPÍTULO X

LA BATALLA

«El Antillano» avanzaba, con las velas desplegadas, hacia la isla de Nueva Providencia. En el horizonte aparecía la mancha oscura de la costa donde encontraban refugio los piratas bahameses.

En cubierta, todos ocupaban sus puestos con las armas preparadas para el combate. Los piqueros y arcabuceros aparecían formados, aguardando que de un momento a otro atacaran los filibusteros. Los tripulantes ejecutaban las maniobras que ordenaba Azogue por medio de su silbato y los de la artillería se encontraban junto a las piezas con las mechas encendidas. Desde la cubierta hasta el entrepuente, junto a cada cañón, se veía un cesto de balas o metralla, un barril de pólvora y a los servidores de las piezas que se preparaban para hacer funcionar las bocas de fuego.

Varios fogones y calderas humeaban junto a la artillería, atendidos por los cocineros del galeón. Nadie hablaba, atentos tan sólo a la aparición de la flotilla de faluchos y el seco crujir de los mástiles se extendía por todo el buque. Villegas, en el puente, examinaba el horizonte con su catalejo. A su lado se encontraban Martín Ohando y el gallego Diosdado de Mondoñedo, ambos con las espadas y las pistolas al cinto.

Pedro Fajeda permanecía a corta distancia con los brazos cruzados sobre el hercúleo pecho.

Pérez de Lerma, al frente de su tropa, se atusaba el bigote, mientras Gustavus Leyden distribuía a los tiradores por la borda, previniendo el ataque.

Matholi, en el entrepuente, observaba el mar a través de una de

las portañolas, preguntándose por donde atacaría la flotilla pirata. Al amanecer había sostenido una conferencia con el capitán acerca del empleo de la artillería. El condestable estaba maravillado. Él había servido con los mejores ingenieros tracistas^[8] del ejército español en Italia y había navegado en las naves de la Religión^[9] hasta alcanzar su pericia y su habilidad presente. Aquel oficial de infantería, aquel capitán que parecía encerrar en su pecho el secreto de la victoria, le había expuesto una serie de emplazamientos y de medios de luchar con los cañones. Todos eran perfectamente utilizables y resultaban de un gran valor en la práctica. Decididamente, se dijo una vez más, era una gran cosa tener un jefe como aquél.

En el puente, Diego continuaba examinando el horizonte. Al fin apartó el catalejo de su vista y dijo:

—Parece que no vienen.

—Es posible que aun no nos hayan descubierto —opinó Mondoñedo—. Estamos muy lejos de tierra.

—Pues yo —opinó el catalán—, creo que nos han visto y que saben quiénes somos. Por esta razón no se atreven a salir.

—No debes nunca desestimar al enemigo, Pedro —le reprendió el capitán—. Eso hace ser demasiado optimista.

—¡Pero si yo no soy optimista, voto a bríos! —protestó Fajeda—. Si yo temo que no vengan. Sería horroroso que nos quedáramos sin batalla.

La tripulación que le había escuchado rompió a reír. Pérez de Lerma le gritó:

—No te preocupes, hombre. Ya verás cómo colgamos a Oliver Godolphin de lo alto de un mástil.

—Lo que queráis, señor alférez —dijo el catalán— pero yo veo que hace mucho rato que navegamos por aquí y que aun no han dado señales de vida.

Rió de nuevo la tripulación y en aquel instante se oyó la voz del Tuerto, que hacía las veces de vigía.

—¡Flotilla de faluchos a babor!

Cesaron las risas como por ensalmo y un grito de júbilo partió de todos los pechos. Los corsarios sonreían felicitándose mutuamente. El alférez se atusó el bigote y sonrió con fiereza.

Fajeda, por su parte, agitó en el aire los puños.

—¡Por fin! ¡Por fin tendremos batalla!

Villegas enfocó el catalejo hacia el horizonte, al tiempo que gritaba:

—¿Cuántas embarcaciones hay, Tuerto?

El aludido, tras una pausa, respondió:

—Unas setenta.

Diego permaneció inmóvil hasta que enfocó su largavista sobre la flotilla de faluchos. Avanzaban, con la vela latina desplegada en semicírculo, disponiéndose a envolver al galeón. Sonrió el corsario al pensar en el recibimiento que les tenía preparado. Era imprescindible, para lograr su propósito, la captura de la isla, destrozando una gran parte de la flotilla. De otro modo los corsarios no podrían vencer a aquel enemigo más numeroso y acostumbrado a luchar en el mar.

La flotilla pirata se acercó a «El Antillano». Sus velas latinas se recortaban sobre el mar. Surcaban las aguas los faluchos hasta que desde el galeón a simple vista pudieron distinguir las ligeras embarcaciones cargadas de filibusteros que blandían sus armas y aullaban como demonios.

Comenzaron a rugir las culebrinas de los ingleses, descargando sus municiones hacia la nave corsaria.

El capitán alzó la mano.

—¡Abran fuego!

Dos andanadas, una por cada costado, sacudieron el galeón. Las piezas vomitaban su fuego sobre los, faluchos.

En el entrepuente, Matholi daba órdenes sin cesar, y en la cubierta, el cabo de cañón hacía lo propio.

Los arcabuces esperaban el momento de abrir fuego y los piqueros y marineros, en sus puestos, se disponían a repeler el abordaje.

Alrededor del galeón se alzaba una densa nube de humo negro de la pólvora.

Los faluchos alcanzados por la artillería saltaban en el aire, hechos astillas. Los filibusteros que no eran alcanzados por las balas, caían al agua e intentaban ganar a nado otras embarcaciones. El fuego de «El Antillano» era mortífero. De las dos hileras de cañones que los galeones tenían en los costados, la inferior disparaba con «balas rojas» y la superior con metralla. En cuanto a

la de la cubierta, cargaban las piezas con carbones encendidos, que desparramaban una lluvia de fuego sobre las embarcaciones.

Se llamaban «balas rojas» las balas de cañón calentadas al rojo vivo. Tenían un fulminante efecto sobre las embarcaciones de madera, ya que destrozaban los cascos y con frecuencia los incendiaban. Esta munición la podían emplear los buques de gran tonelaje, como los galeones, por ejemplo, ya que se requería mucho espacio para prepararlas.

Así, «El Antillano» disparaba desde su hilera inferior de cañones proyectiles que destrozaban los cascos de los faluchos; desde la superior, metralla, que barría a los filibusteros, y desde la cubierta, carbones encendidos que prendían fuego a los faluchos.

Se veían, flotando por las aguas, maderas y mástiles, a los que se aferraban desesperadamente los náufragos de las embarcaciones zozobradas que se mezclaban con destrozados cadáveres de piratas. De los faluchos incendiados, que ardían sobre el mar tiñéndolo con sus llamas rojizas, saltaban al agua sus tripulantes, para refugiarse en otras naves. Cuando el fuego de las «balas rojas» alcanzaba el depósito de la pólvora, volaban las embarcaciones hechas astillas y enviaban sobre las demás antorchas que amenazaban con incendiarlas a su vez. Muchos filibusteros debían combatir las llamas que prendían en sus faluchos.

Así, como un dragón que despidiera fuego por cincuenta bocas, «El Antillano» aguantó el ataque inglés a pie firme. Pero Clement Alridge era un hombre impetuoso y tenaz. Había salido de Nassau con su flotilla para capturar a aquel corsario y a su estandarte azul y no estaba dispuesto a abandonar la empresa.

Si lograba cruzar la barrera de fuego que formaba artillería del galeón y acercarse a su costado, los disparos de cañón pasarían inofensivamente por encima de sus embarcaciones.

Hizo una señal con la mano y más de veinte faluchos avanzaron hacia «El Antillano». Pasaron bajo las andanadas que disparaban los españoles. Varias de sus embarcaciones fueron hundidas, pero al fin la mayor parte lograron acercarse lo suficiente al buque para hacer inofensivo el fuego. Chocaron los faluchos contra el casco del galeón. Desde la cubierta, los arcabuceros disparaban sobre los filibusteros, eligiendo cuidadosamente sus blancos.

Alridge empuñó el machete.

—¡Lanzad las escalas y las cuerdas!

Rápidamente obedecieron sus hombres. Mientras algunos arrojaban hacia la borda cuerdas y escalas armadas de garfios, otros procuraban encaramarse por el timón.

Pérez de Lerma, desenfundando la tizona, gritó:

—¡Hacedles un buen recibimiento!

Piqueros y marineros, con las armas en alto, se dispusieron a acuchillar a los piratas.

Por las escalas y las cuerdas, se encaramaban los filibusteros, con el machete entre los dientes y el hacha en alto. Los corsarios cortaban las cuerdas para que cayesen al mar los que subían, pero algunos garfios habían hecho presa en la madera de los costados y no podían arrancarlos.

Mientras, igual que monos, escalaban los piratas los costados del barco, los tiradores les cazaban, a arcabuzazos.

Por la popa se encaramaron algunos, logrando saltar a cubierta. Villegas les vio y, empuñando las pistolas, hizo fuego. Dos hombres cayeron sin vida, soltando sus machetes. Luego, el capitán, Ohando, Mondoñedo y Fajeda les salieron al paso, esgrimiendo las espadas. Diego se batía con ferocidad, asestando estocadas. Atraídos por el rumor de la lucha, llegaron varios corsarios, que se abalanzaron sobre los filibusteros, descargando furiosos golpes con sus espadas.

Un gigante rubio formaba a su alrededor un círculo de muerte, con el hacha de abordaje que empuñaba. Nadie se podía acercar a él para matarle.

Fajeda se lanzó, blandiendo la espada, y de pronto vieron todos cómo caía al suelo. Un grito se escapó de los labios de los corsarios. Villegas apretó los dientes. Su amigo fiel, el compañero de tantas aventuras, había muerto. Le vengaría. Pero, ante su sorpresa, Pedro se puso en pie y, fuera del radio del hacha, se lanzó puñal en mano a la cintura del gigante. Se contrajeron las facciones de éste y, con un gemido, se desplomó.

Comprendieron todos cuál había sido la artimaña del catalán. Simuló que le habían herido para sorprender al pirata.

Mientras sus compañeros acuchillaban a los ingleses y les arrojaban al mar, Fajeda tomó el hacha de abordaje y la examinó con atención. Era una buena arma, en efecto, y manejada por un hombre vigoroso resultaba muy peligrosa. Los piqueros y marineros

acuchillaban a los que iban a saltar por la borda. A golpes de pica y de machete les derribaban desde lo alto de la nave.

El catalán vio cómo unas manos se aferraban a la borda. Alzó su hacha y descargó dos golpes secos. Se oyó un grito de muerte y luego el ruido de un cuerpo al caer al agua. Las manos permanecieron unos instantes aferradas a la madera.

Por las portañolas, los artilleros disparaban sus pistolas sobre aquellos que se encaramaban por las cuerdas.

Clement Alridge seguía dando órdenes. Fajeda le vio cómo incitaba a sus filibusteros a atacar el galeón. Amartilló una pistola el catalán e hizo fuego.

Alridge se dobló sobre sí mismo y cayó al agua.

Los piratas intentaron un nuevo abordaje, pero las picas y los machetes les cerraron el camino.

Después de este segundo ataque, giraron los faluchos y regresaron a Nassau, perseguidos por las andanadas de los españoles.

Por el mar flotaban restos humeantes de embarcaciones, mástiles sueltos y cadáveres ensangrentados, que relataban la victoria del capitán Villegas.

Diego se volvió hacia Ohando y gritó:

—¡Pon rumbo a Nassau!

CAPÍTULO XI

FUGITIVOS EN LA NOCHE

Los restos de la orgullosa flotilla entró a toda prisa en el puerto de Nassau. Los filibusteros que quedaron en tierra como guarnición, acompañados de muchos pescadores y de mujeres, acudieron al muelle para recibirles. Bastaba ver los faluchos para comprender cuál había sido el resultado de la batalla, pero algunas voces preguntaron:

—¿Qué ha sucedido?

—Nos vencieron.

Y los piratas comenzaban a relatar el combate y la manera cómo fueron derrotados. Era imposible asaltar el galeón. Por todas partes llovían proyectiles y los faluchos incendiados se hundían en el mar. Algunos lograron escalar los costados del buque, pero los corsarios los acuchillaron, arrojando sus cadáveres al mar. Uno de los que habían asaltado el galeón vio con sus propios ojos cómo el gigantesco Colin enarbolaba su hacha de combate contra los españoles, pero un terrible demonio moreno logró esquivar el filo del hacha y acuchillarle. El capitán Alridge fué muerto de un tiro. Muchos perecieron ahogados y otros habían sido muertos por la metralla.

Tristemente, el cortejo de vencidos se encaminó hacia la aldea. La noticia les precedía y por todas partes se veían semblantes contraídos por el miedo.

¡Los españoles iban a atacar!

De la taberna y de todos los edificios salían hombres armados, con el rostro descompuesto y las manos crispadas.

¡Los españoles estaban a punto de a tacar!

El miedo, un miedo inexplicable y supersticioso, se apoderó de los habitantes de Nassau. Se sentían inseguros, como si los españoles fueran a brotar de la tierra y buscaban la protección de sus amigos como ovejas ante el lobo.

Se dirigieron todos hacia la residencia del Gobernador agrupándose ante el edificio. Los filibusteros de la guardia temieron que algo fuera a ocurrir y montaron los mosquetes.

Uno de los lugartenientes de Alridlge, que había tomado él mando, se adelantó a los demás.

—Dejad paso, he de hablar con el Gobernador Godolphin.

Se apartaron los centinelas y el jefe de la flotilla, seguido por sus segundos, entró en la mansión.

Oliver les esperaba en su despacha. Al ver los entristecidos semblantes se puso en pie.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Alridge?

—Alridge ha muerto, excelencia.

Después relató escuetamente todo lo que había sucedido.

Godolphin descargó un puñetazo sobre la mesa.

—¿Se ha atrevido, ese perro sucio? —rugió—. ¿Se ha atrevido a hacerme resistencia? Yo le enseñaré lo que cuesta enfrentarse con el Gobernador de Su Graciosa Majestad. Preparémonos para barrerlo.

—Juzgo que sería inútil hacerlo ahora, excelencia —dijo uno de los piratas—. La noche se avecina.

—Es verdad —respondió el jefe puritano—. Deberemos aguardar a mañana. De momento, éstas son mis órdenes. Que todo el mundo esté armado y dispuesto para luchar, que se refuerce la guarnición del fortín y que no se enciendan las boyas luminosas. Si durante la noche se atreven a acercarse demasiado a la isla embarrancarán y capturaremos a los corsarios. Si esto ocurriese —añadió— traedme vivo al capitán Villegas. Antes de enviárselo al Gobernador de Port Royal quiero practicar algunas suertes con él y enseñarle lo que cuesta atreverse a desafiar a los ingleses.

Hizo una pausa y agregó:

—Preparad los dos buques para mañana, que saldremos a cazar a ese corsario y a su estandarte azul.

Salieron los oficiales para cumplir sus órdenes. Durante una hora todo fué actividad en la aldea. Los hombres corrían a tomar sus

armas y formaban grupos, fumando sus pipas y bebiendo trago tras trago de ron. En la fortaleza se reunieron los artilleros y varios mosqueteros para defenderla de un posible ataque. En ambos buques se montó una guardia de marina y varios piquetes patrullaban por los muelles y los acantilados vecinos.

Cuando llegó la noche, más tranquilos por la seguridad que les ofrecían los arrecifes y las rocas que protegían su isla, los bahameses se dispusieron a montar la guardia hasta que llegara el nuevo día.

Aparte de que no les podrían sorprender los españoles, era casi imposible que su galeón sortease los arrecifes sin que naufragara. Al día siguiente presentarían batalla en dos naves que les colocarían en situación ventajosa.

* * *

Henry Bruce y los dos españoles se sentaron en un rincón de la choza que les servía de alojamiento para devorar el mísero alimento que les daban sus amos.

Los otros cautivos se dispusieron asimismo a tomar la escasa cena. Sus ánimos estaban debilitados. En realidad ya no pensaban, ni sentían. Tan sólo les guiaba el instinto. Deseaban comer y descansar. A fuerza de latigazos y de fatiga, los ingleses les habían despojado de su condición de hombres.

El irlandés y sus dos amigos simularon comer, mientras charlaban en voz baja.

—Yo creo que ésta es nuestra mejor ocasión —dijo el de más edad de los españoles.

—Yo también —aseguró el otro.

—Es cierto que hay patrullas por los alrededores de la ciudad, pero no se alejarán hasta el lugar en que escondemos la canoa. Tenemos ya suficientes víveres para resistir una larga travesía y quizá tengamos la suerte de ser recogidos por el buque del capitán Villegas. Esta noche, además, no hay peligro de que nos sorprenda algún falucho.

—De acuerdo —agregó Henry—. En cuanto podamos nos escaparemos. Yo iré en busca de Ailsa. Esperadme junto a la canoa.

Pasados algunos minutos, los guardianes apagaron las luces y ordenaron:

—¡A callar! ¡Basta de conversaciones!

Los esclavos se tendieron sobre los jergones de paja y el silencio se extendió sobre la cabaña. En la lejanía ladraban algunos perros.

Con precaución, el irlandés y los dos españoles se quitaron las camisas y las llenaron de paja. En la obscuridad, semejaba que los tres hombres descansaban sobre los jergones. Después, los esclavos se arrastraron hasta la puerta de la cabaña. Los guardianes se reunían junto a la hoguera, charlando tranquilamente. Frases sueltas de la conversación llegaron hasta los fugitivos. «El capitán Villegas... atacarán mañana... derrota».

Continuaron arrastrándose, hasta alejarse de la choza. Por fin lograron ocultarse en la maleza. Los músculos de los esclavos se mostraban tensos y sus corazones latían con más fuerza. La parte más difícil de su fuga comenzaba entonces.

Henry murmuró:

—Separémonos. Esperadme junto a la canoa.

El irlandés se alejó por entre la maleza, en dirección a la vivienda de Ailsa. Procuró acercarse sin que nadie pudiera verle y llegó hasta el muro de piedra.

Una vez allí silbó un aire de su tierra y aguardó. Al poco rato apareció Ailsa, que se dirigió en derechura hacia el lugar donde se encontraba el esclavo.

—¡Ailsa!

—¡Henry, Henry! ¿Qué ocurre?

—Vengo a buscarte. Esta noche huimos de esta maldita isla.

La muchacha se estremeció y tardó en responder.

—¿Es que no quieres acompañarme? —preguntó Bruce desesperado.

—No es eso. Es que no lo esperaba y tengo todas mis cosas en mi habitación.

—No necesitas nada. Si llegamos a las colonias españolas encontraremos de todo y si no llegamos nada nos hará falta.

Ailsa no respondió. El irlandés la tomó de la mano.

—¿Qué te pasa? ¿No quieres venir?

Ella alzó hasta él sus azules ojos.

—Sí, Henry. Iré contigo hasta el fin del mundo.

Bruce la besó con fuerza y luego echaron a andar, internándose por entre la espesura. Marcharon apresuradamente, evitando las

granjas y las viviendas, siempre con el temor de ser descubiertos. Sin embargo, no se daban cuenta cabal de que podían morir. Se sentían ligeros y fatigados a la vez, como en un sueño.

Llegaron al fin al lugar donde ocultaban la canoa.

Los dos españoles les surgieron de la obscuridad.

—Está todo listo. Vámonos.

Se dirigían hacia la embarcación, cuando se oyó una voz que gritaba:

—¡Alto!

Se volvieron los esclavos con rapidez, para ver a siete hombres armados de mosquetes que avanzaban hacia ellos.

Sacaron a toda prisa la canoa de su escondrijo, cuando uno de los filibusteros, apuntando a la joven con su fusil gritó:

—¡Alto o mato a la chica!

Henry se sintió como petrificado.

El miedo a que mataran a Ailsa le paralizaba los músculos. El español más joven respondió:

—No tiréis; nos rendimos.

Rodeados por los piratas, fueron conducidos a Nassau. Ailsa deslizó la mano entre los dedos de Henry y sonrió a su novio, como si el contacto de su piel le devolviera la tranquilidad.

Las rondas y los grupos de filibusteros, al enterarse de que se trataba de unos esclavos fugitivos, insultaban a los cautivos. Las mujeres señalaban a Ailsa con el dedo y exclamaban:

—Esa zorra ya quiso fugarse con el irlandés y debieren azotarle, pero el castigo no les ha enmendado.

Los piratas les condujeron hasta la residencia del gobernador. Cuando los centinelas les preguntaron a dónde iban, respondieron:

—Traemos unos esclavos fugitivos.

Pasaron hacia el despacho de Olivar Godolphin. Éste, que ostentaba sus armas, después de muchos años de vida pacífica, se volvió halda los recién llegados.

—¿Qué queréis?

Los piratas explicaron escuetamente lo que había ocurrido. Godolphin se volvió con los ojos llameantes.

—¿De modo que queríais huir? ¿Seguramente para informar a los corsarios de la mejor manera de asaltar la isla?

El de más edad de los dos españoles respondió:

—Si eso hiciéramos, sería lo lógico, ya que ayudaríamos a nuestros compatriotas.

Oliver lanzó una maldición.

—¿Así que reconoces tu culpa?

Iba a hablar el cautivo cuando le descargó una bofetada el jefe puritano. Luego, Godolphin examinó a Henry y a Ailsa.

—¿No son éstos aquellos dos desvergonzados a quienes ya debí castigar?

—Así es, excelencia.

—Que los lleven a la plaza y que, en público, los marquen con la señal infamante^[10].

Ailsa lanzó un grito de terror.

—¡No, excelencia!

Bruce dio un paso al frente.

—Descuartizadme si queréis, pero a ella no le hagáis nada.

Rompieron a reír los filibusteros.

—¡Se atreve a ponernos condiciones!

Se apoderaron de los cautivos y los arrastraron hacia la calle.

La noticia se extendió por la ciudad. Alumbrándose con antorchas y con faroles, la multitud siguió a los condenados, mofándose del terror de Ailsa e injuriando a los tres cautivos.

Los piratas borrachos les amenazaban con el puño, mientras las mujerzuelas se burlaban, riendo a carcajadas.

Golpeados por la canalla, los esclavos fueron conducidos hasta una plaza en la que se alzaban varios postes de tormento en cuya parte alta se descubrían dos esposas sujetas por cadenas.

La multitud llenó la plazoleta, iluminando con las antorchas y los faroles la desagradable escena de varios hombres armados, gozando ante el castigo de una indefensa muchacha.

Los condenados fueron atados a los postes, de espaldas al público. Ailsa y Henry ocuparon los postes vecinos, pues el jefe del tormento opinó:

—¡Así oiréis los chillidos y sufriréis más!

Esta declaración despertó los vítores de la multitud.

Entonces hizo su aparición el verdugo. Marchaba con pomposidad, consciente de la importancia de su cargo. Le acompañaba su ayudante, que sostenía un cubo lleno de tizones encendidos donde se calentaba la barra de hierro que contenía la

señal.

La multitud calló, para no perderse los gritos y las contorsiones de las víctimas. Un silencio impresionante se extendió sobre la plaza. Los tres hombres permanecían inmóviles como estatuas, pero Ailsa sollozaba.

El verdugo se acercó a ella y de un brutal tirón rasgó la blusa, descubriendo la blanca y esbelta espalda de la muchacha. Luego se acercó al español de más edad. Su ayudante le ofreció el cubo y él tomó la barra de hierro que se encontraba al rojo vivo. Por un instante permitió que la viera el público y luego se la mostró al condenado. Éste sonrió con desprecio y escupió sobre la barra, que chisporroteó al contacto de la saliva. Entre la multitud hubo un murmullo de indignación. El verdugo alzó el hierro y lentamente, gozando en la tortura, lo acercó al semblante del español...

CAPÍTULO XII

DE LAS OLAS DEL MAR...

Protegido por las sombras de la noche, «El Antillano» avanzaba hacia la costa.

En el puente, Villegas, Diosdado y Ohando oteaban el horizonte. En vano buscaban las boyas luminosas que debían guiarles hasta el puerto de Nassau. Mondoñedo aseguró que evitando esas señales era casi seguro que lograrían pasar a salvo entre los arrecifes, pero al no aparecer, se encontraban perdidos. Aunque distinguían con cierta claridad la línea de la costa no podían arriesgarse a llegar demasiado cerca de la tierra, ya que existía aún el peligro de los arrecifes.

Sin embargo, era imprescindible que, aprovechando la desmoralización de los bahameses, atacaran aquella misma noche.

—Sin señales —declaró el gallego—, no me comprometo a conducir la nave.

En la proa, un marinero manejaba la sonda. Con monotonía iba cantando la profundidad de las aguas. Cada vez era menor.

Los corsarios, en cubierta permanecían formando corrillos y charlando animadamente.

El capitán había prohibido que se encendieran las luces y la nave, cual un buque fantasma, avanzaba invisible por las aguas.

Diego permanecía pensativo en el puente. Estaba decidido a capturar la isla y su intuición de guerrero le decía que era mucho mejor aprovechar los efectos de su triunfo a esperar otra ocasión.

En realidad, la distancia hasta la costa no era mucha y todos sus hombres eran grandes nadadores.

Con un poco de audacia podía llevarlo a efecto.

Se volvió a Martín y en pocas palabras le expuso su plan. Asintió el piloto, mientras en la obscuridad relucían los blancos dientes de Fajeda.

—¡Eso es, señor capitán! ¡Les daremos una gran sorpresa!

Rápidamente circularon las órdenes. Diego informó a Pérez de Lerma, mientras Matholi y Azogue elegían a cincuenta artilleros y marineros.

El capitán informó a Diosdado de Mondoñedo:

—Quedáis al mando de la nao y que el Señor os ayude hasta que, al salir el sol, no veáis la señal no entréis en el puerto. ¿Podréis sortear los escollos de día?

—Ciertamente, mi señor don Diego. Id tranquilo.

Villegas y el gallego se estrecharon la mano.

En cubierta, los corsarios, dirigidos por el alférez y por Leyden, se despojaban del calzado y de las camisas. Luego se arremangaron los pantalones hasta el muslo, sujetándose los cabellos con un pañuelo. Dejaron aparte los tahalíes, las armas pesadas y de fuego, conservando tan sólo el machete o la tizona.

Diego y Ohando hicieron lo propio, sosteniendo la espada en la mano. Fajeda acariciaba el filo de su acero.

Los corsarios, semidesnudos y salvajes, rodeaban a su jefe. No parecían soldados aventureros del Rey de España. Se hubiera dicho que eran guerreros de algún monarca oriental. Nadie hubiera reconocido al atildado y elegante Pérez de Lerma en aquel marinero, con el torso y las piernas desnudas y un pañuelo anudado a la cabeza, que respiraba fuerza y vitalidad. El hercúleo Ohando y el descomunal Leyden semejaban dos cíclopes de la Atlántida.

Diego comenzó a decir con voz firme:

—En esta batalla tan sólo la suerte puede favorecernos. Nos encontraremos solos ante un enemigo mayor que posee armas de fuego. Pero recordad que la suerte protege a los audaces y que no importa que nuestro número sea inferior, ya que nuestros corazones son más grandes.

Dicho esto, el capitán sujetó la desnuda tizona entre los dientes y subió a la borda. Una vez allí, con un magnífico salto, se lanzó al agua. Detrás saltaron Ohando, Pérez de Lerma y Fajeda. Luego, todos los aventureros, con el acero entre los dientes, se zambulleron

en el Atlántico.

Comenzó a nadar la tropa corsaria, avanzando hacia la costa.

A través de las aguas oscuras se deslizaban los españoles. No había fuerza que pudiera detenerles, ni siquiera los elementos, y como míticos tritones empleaban el mar como camino hacia la isla.

Villegas nadaba en cabeza, hacia la aventura más arriesgada de su vida. Con machete únicamente, se proponía asaltar una isla que era nido de piratas y de malhechores. Pero el capitán confiaba en sus hombres y en su audacia, que siempre había rendido la suerte a sus pies.



...que entraban en la sala unos hombres semi desnudos...

La difusa línea de la costa se fué haciendo más clara hasta que apareció ante sus ojos con toda claridad.

Diego sintió que su cuerpo rozaba con un arrecife. Ya se encontraba muy cerca. Se volvió para asegurarse de que su tropa le seguía. Sobre el mar distinguió las cabezas de sus corsarios que avanzaban en pos del capitán.

Alcanzó Diego la costa y comenzó a escalar las rocas que se alzaban sobre el mar. Por un instante su silueta musculosa y ágil se destacó sobre el firmamento estrellado. Blandió la tizona y aguardó a sus hombres que comenzaban a salir del agua, semidesnudos y chorreantes, cual mitológicos guerreros de Neptuno o fantásticos guerreros atlantes para quienes el océano fuese un aliado o un vencido.

Villegas miró a su alrededor. Las luces de Nassau resplandecían en la obscuridad y la fortaleza se alzaba sobre un promontorio.

A un gesto del capitán, la fuerza corsaria se encaminó hacia la ciudad, esgrimiendo los aceros. Los pies descalzos no despertaban ningún ruido al pisar sobre la tierra y como sombras se abalanzaron sedientos de lucha, sobre la ciudad donde residían los piratas.

Cautelosamente lograron llegar a las cercanías de la fortaleza. Diego hizo una señal y los aventureros se echaron al suelo, avanzando a rastras. De este modo llegaron junto a las pétreas murallas del fortín.

Las piedras que lo formaban estaban colocadas de un modo bastante desigual. Se veían muchos salientes y protuberancias en la pared.

Los corsarios comenzaron a escalarla. Con la espada entre los dientes o en una mano, se aferraban a las piedras, apoyando los pies descalzos en los salientes.

En lo alto de la fortaleza paseaba tranquilamente un centinela y en cada extremo de los bastiones se veía un mosquetero de guardia. En el asta ondeaba el pabellón de Inglaterra.

Los corsarios escalaron la muralla hasta llegar a la parte alta del bastión. Entonces saltaron al interior, esgrimiendo las armas y aullando como demonios. Los centinelas fueron acuchillados antes de que pudieran dar la voz de alarma. Se apoderaron los españoles de sus mosquetes y pistolas y, tomando un fanal que pendía junto a la bandera, descendieron por la escalera que conducía al cuerpo de guardia.

Los ingleses que allí descansaban no se habían enterado de nada. Algunos de ellos, que permanecían despiertos a modo de retén, vieron con infinita sorpresa y no menos terror cómo entraban en la sala unos hombres semidesnudos, con pañuelos atados en la cabeza, que esgrimían sus espadas. En cabeza marchaba un atleta de rostro

enjuto y expresión audaz. Junto a él, un gigante de barba rubia sostenía un farol.

Cuando reaccionaron, logrando dar la voz de alarma, los corsarios se habían abalanzado sobre ellos, acuchillándoles sin piedad. Se despertaron los filibusteros y medio dormidos empuñaron las armas. La lucha se trabó en la habitación con increíble ferocidad. Los aventureros descargaban furiosos golpes, derribando a los piratas. Sus voces de júbilo resonaban en la sala.

El intento de resistencia de los británicos fué inútil. Sobre cada filibustero se lanzaron varios corsarios, ansiosos de matar.

Mientras la lucha se sucedía en el cuerpo de guardia, otros grupos, dirigidos por el alférez y por Ohando, recorrían la fortaleza, asestando estocadas a los centinelas y a los artilleros. La sorpresa fué la mejor ayuda para los aventureros de mar. Tras una corta lucha, empleando su coraje y los aceros, conquistaron una fortaleza defendida por los mosquetes y los cañones de Oliver Godolphin.

Mientras los corsarios tomaban los fusiles y las pistolas de los muertos, Villegas volvió a subir al torreón. A sus pies se veía la ciudad iluminada, como un campamento de tropas. No era difícil adivinar el ajeteo de sus habitantes en pie de guerra. Pudo ver también los dos buques fondeados en el puerto, cuyos cañones formaban el segundo obstáculo de la ciudad.

Entonces, Diego se acercó al asta y arrió el pabellón inglés. Luego tomó su estandarte, que llevaba enrollado en la cintura, y lo izó. El agua lo había empapado, pero a los primeros rayos de sol se secaría y ondearía de nuevo al viento.

Entonces llamó a sus hombres. Los artilleros se apresuraron a disponer las piezas y apuntar unos hacia Nassau y otros hacia los dos buques anclados en el muelle.

Diego, seguido por el resto de los corsarios, salió de la fortaleza encaminándose hacia la ciudad. Aunque se habían apoderado de mosquetes y de pistolas, muchos no tenían más arma que el machete o la espada. Era lo mismo. Seguros del triunfo, porque seguían al capitán Villegas, los corsarios entraron en la población en el momento en que los cañones del fuerte comenzaban a rugir.

De momento, los ingleses creyeron que la población era atacada, pero, al darse cuenta de que su propia artillería disparaba contra ellos, su pánico no reconoció límites. Corrían de un lugar para otro,

buscando la salvación en una enloquecida fuga. Sobre los dos buques cayeron algunos disparos. En un principio la guardia que había en ellos quiso responder al fuego, pero el pánico de la población se extendió y vergonzosamente abandonaron las naves, asegurando que «El Antillano» había entrado en el puerto, salvando las barreras de arrecifes.

Para mayor terror y estupefacción de los habitantes de Nassau, mientras sobre la ciudad caía una lluvia de cañonazos, unos diablos semidesnudos, chorreando agua, surgieron de las sombras y lanzando gritos se abalanzaron sobre los bahameses. Aquellos gritos, los piratas los reconocían muy bien, quizá demasiado bien. Todos los soldados y aventureros del mundo sabían que siempre precedía a una furiosa carga, a un ataque suicida.

—¡Santiago y cierra España!

Por todas partes parecían surgir los corsarios, blandiendo los aceros y disparando los mosquetes.

No encontraron una resistencia organizada. Los grupos que se enfrentaban con los corsarios creían que se trataba de una parte de las fuerzas invasoras en vez del único contingente de tropas y luchaban para salvar la vida, no para vencer.

Abriéndose paso a cuchilladas y a tiros, fustigando al enemigo con las espadas y apartándole a golpes, llegaron los corsarios hasta la residencia del Gobernador. Ante la puerta se había reunido un buen número de filibusteros a quienes la presencia de su jefe animaba a la lucha. Con los mosquetes cebados, se dispusieron a librar una última batalla y a morir matando. Los corsarios les complacieron. Muchos más poseían armas de fuego que habían arrebatado a los fugitivos y a los cadáveres. Avanzaron disparando, deteniéndose tan sólo para cargar nuevamente los mosquetes. Cruzaron la explanada que se extendía ante la residencia de Godolphin, vomitando plomo sobre los piratas.

Luego se lanzaron al ataque al arma blanca. A tajos de machete, a culatazos y a tiros de pistola, aniquilaron a la guardia. Con la espalda contra la pared se defendían los filibusteros, contra un enemigo feroz y sonriente. A la luz de las antorchas y de los fanales semejaban desatadas furias del infierno que hubieran caído sobre la ciudad. Cuando la guardia fué aniquilada, comenzaron a descargar culatazos y golpes de machete sobre la puerta.

Diego se volvió a sus segundos.

—Martín, ve tú por la derecha. Juan, tú por la izquierda.

Obedecieron Ohando y el alférez y se perdieron por las calles, seguidos de sus hombres, abriendo un surco de sangre entre los bahameses.

Fajeda se acercó a Villegas.

—Señor capitán, estamos derribando la puerta.

Un gran estrépito indicó al corsario que ya ningún obstáculo le impedía la entrada en la residencia del Gobernador.

CAPÍTULO XIII

EN EL QUE SE ENCIERRA UNA HISTORIA Y SE DEMUESTRA DE NUEVO QUE LAS NOTICIAS VUELAN

Se lanzó Diego al ataque seguido por sus aventureros. Los pies descalzos pisaron las frías baldosas y la residencia se llenó de los gritos de los corsarios.

Godolphin, acompañado por sus ayudantes y más centinelas, salió al encuentro de los asaltantes.

Chocaron los dos grupos. En las habitaciones resonó el chocar de las armas, los gritos y los pistoletazos. Cayeron, unidos en mortal abrazo, los enemigos, atacándose con furor. Oliver semejaba transfigurado. Sus ojos encendidos parecían los de un loco. Blandía su espada, ansioso de batirse con el enemigo. Una bala, que nadie supo quién había disparado, cortó la vida del viejo puritano. Sus compañeros cayeron bajo las espadas de los españoles. Entonces, Villegas envió un mensajero a la fortaleza para que cesara el cañoneo.

* * *

Ailsa temblaba de miedo y de vergüenza. La habían expuesto ante la multitud, para ser marcada, y le desgarraron la blusa, descubriendo su espalda. A su lado estaban su novio y los dos compañeros de fuga. Ellos también iban a ser marcados con la señal infamante. El tormento iba a empezar, cuando, inesperadamente, comenzaron a bombardear la ciudad. Ante los aterrados ojos de la joven, filibusteros y mujeres huían precipitadamente gritando con

enloquecido —pánico:

—¡Los españoles! ¡Los españoles!

Nadie se preocupó de los cuatro condenados. Quedaron atados en los postes, mientras la multitud corría y se atropellaba, lanzando alaridos de miedo.

A lo lejos se oía el rumor de la lucha. Muy pronto la plaza quedó solitaria, pero de cuando en cuando cruzaban grupos de piratas que huían, indicando que el enemigo se acercaba.

El rumor de la lucha se oía cada vez más próximo. De pronto, atacando a los ingleses que huían azorados, los vencedores entraron en la plaza, Ailsa les miró con cierto miedo. Aunque entonces eran sus salvadores, durante toda su vida la muchacha había oído hablar a los bahameses del peligro de un ataque español y de las probabilidades de éxito.

En realidad, se dijo, justificaban su fama de diablos en la pelea. La joven jamás había salido de Nueva Providencia y, por tanto, jamás había visto más hombres que los bahameses. En cuanto a los esclavos, a causa de sus sufrimientos, todos tenían la misma expresión.

A cintarazos, los españoles despejaron la plaza. Por las bocacalles huyeron los ingleses, abandonando a los muertos y a los rezagados.

Ailsa se sentía fascinada por aquellos hombres morenos y fuertes que pisaban recio, como eternos vencedores.

Los dos cautivos comenzaron a gritar, avisando a sus compatriotas de que eran españoles, y dando vivas al Rey. Los corsarios se acercaron a ellos. Un aventurero, ágil y bien parecido, ordenó a sus hombres que libertasen a los presos y luego agregó:

—A esta dama la pondré en libertad yo mismo.

Se detuvo un instante, contemplándola con alborozo, y agregó:

—No comprendo cómo esos bárbaros podían ser capaces de estropear una espalda tan linda.

Con la tizona, rompió las argollas y soltó a Ailsa. Luego tomó una capa, abandonada en el suelo por algún bahamés, y se acercó a la joven.

—Permíteme, mocita.

La envolvió con ella, mientras le dirigía una galante mirada. Un corsario que lucía un parche en el ojo se acercó a aquel aventurero.

—Señor alférez, eran esclavos. Iban a marcarles con la señal infamante.

—Entonces hemos llegado a tiempo. ¿Son todos españoles?

—Yo soy irlandés —explicó Bruce—, pero he navegado en las naves de España, y Ailsa es bahamesa.

—Me extrañaba que permaneciera callada.

El de más edad de los esclavos le refirió lo que había ocurrido y los motivos por los que habían condenado a la joven. Pérez de Lerna a dirigió una mirada de aprobación a Ailsa y luego le dijo a Henry:

—Os felicito, señor marinero. Se volvió al Tuerto y a sus dos amigos y ordenó:

—Acompañadlos a presencia del capitán.

Los esclavos tomaron unos machetes de los cadáveres que por allí se veían y siguieron a los corsarios. Luego, Pérez de Lerna continuó la persecución de los ingleses.

Tanto el alférez como Ohando no se enfrentaban ya con grupos de filibusteros que combatían para defender la vida. Se encontraban tan sólo ante hombres que arrojaban las armas y alzaban los brazos, rindiéndose a los invasores. Tan sólo de cuando en cuando, algunos piratas se lanzaban a un ataque frenético y sin razón.

Lentamente, los grupos fueron vencidos. Los cautivos fueron concentrados en la plaza mayor.

Las mujeres, con los niños en brazos, se apretujaban contra los hombres. Los filibusteros miraban con aprensión a los corsarios, que, con el mosquete sobre el hombro desnudo, paseaban por las calles que daban a la plaza, vigilando a los cautivos.

Diego, en la vivienda del Gobernador, ordenó a Leyden:

—Reúne algunos hombres y da una batida por los alrededores. Trae a todos los bahameses que encuentres desperdigados y a los esclavos.

Lentamente, fué aumentando el número de cautivos en la plaza. Los esclavos fueron cuidadosamente seleccionados. Los españoles, irlandeses, italianos y alemanes y las demás naciones amigas recibieron armas con las que ayudaron a los corsarios. Aquellos que pertenecían a países enemigos de España quedaron aparte.

Lentamente pasaron las horas y por fin apareció el sol en el horizonte. El estandarte se había secado y ondeaba ya al viento. Era

la señal convenida con Diosdado de Mondoñedo. Éste levó anclas y el galeón entró en el puerto de Nassau.

Los corsarios recuperaron sus antiguas armas, así como sus ropas habituales.

Por orden de Diego, los dos navíos anclados en los muelles quedaron privados de su artillería y entonces Villegas se acercó a los prisioneros.

—Se os entregará un buque y víveres para que os dirijáis a Port Royal o a Jamestown. Nueva Providencia pasa a poder de mi soberano, el Rey de España. Los esclavos que no quieran marchar a la Florida, podrán disponer de otro navío y dirigirse hacia donde les parezca mejor. Y —añadió— contad por todas partes que el capitán Diego de Villegas os ha echado de la isla como represalia por el saqueo de Panamá y decidles a todos que por cada ciudad española que atacéis, la proporción de la venganza será la misma que por Panamá: Port Royal, Norfolk, Jamestown y Nassau.

Comenzó el embarque de los bahameses. Debían abandonar sus hogares, abandonarlo todo, porque un corsario audaz les había vencido por primera vez. Con infinito dolor veían cómo el estandarte azul flameaba al viento en el lugar del pabellón inglés.

Luego embarcaron los esclavos. Un holandés, que por sus conocimientos de náutica había sido elegido capitán, se acercó al corsario:

—Vengo a despedirme, don Diego —le dijo en mal castellano—. Quería haceros presente nuestra gratitud por el generoso trato que nos habéis dado, Nuestras dos naciones son enemigas y otro cualquiera nos hubiera conservado como prisioneros.

—No es de caballeros luchar contra hombres desarmados —replicó el español—. Si alguna vez nos encontramos en el mar, nos batiremos como hombres.

—Será un honor cruzar mi acero con el vuestro —dijo el holandés inclinándose.

Los dos buques se alejaron. Nueva Providencia quedaba libre de ingleses. Tan sólo en el interior, se encontraban aún algunas plantaciones y algunas aldeas sin importancia, pero en una semana los corsarios acabarían con estos grupos aislados.

Diego llamó a Diosdado de Mondoñedo.

—¿Os atrevéis a marchar a San Agustín con un falucho y los

marineros que os proporcione? Quiero conservar aquí el galeón para patrullar por las costas y perseguir a los ingleses que aun quedan en la isla y por si se acerca alguna nave enemiga.

—Sí, por cierto —respondió el gallego—. No importa para un buen piloto cuál es la embarcación que emplea.

—Bien, decidle al Gobernador de la Florida que envíe una guarnición para Nassau y traed también un sacerdote —añadió, mirando a Henry ya Ailsa, que permanecían muy juntos, dichosos como nunca.

* * *

Los refugiados de Nassau explicaron lo ocurrido en Port Royal y los esclavos en la Tortuga, mientras que Mondoñedo lo refería en San Agustín. Las embarcaciones que surcaban el Caribe llevaron la noticia de un puerto a otro. Los capitanes de los barcos lo referían a sus jefes o los marineros lo repetían a sus amigos.

En los garitos de la Tortuga, en los campamentos y en las haciendas de Haití, en los palacios de Jamestown, en las tabernas de Port Royal y en los numerosos nidos de piratas de las islas Barbadas, de Siguatay y los archipiélagos de Sotavento y Barlovento no se hablaba de otra cosa.

Desde Panamá, donde los habitantes comenzaban a rehacer las ruinas, hasta San Agustín, en las ricas plantaciones de Cuba y Puerto Rico y en las encrucijadas de Santo Domingo, se repetía con orgullo el nombre del capitán Diego de Villegas.

* * *

«Le Brave Boucaniere» se veía atestado de público. En un extremo, junto a una mesa, un filibustero holandés decía:

—Os aseguro que antes de que se dieran cuenta los bahameses, ese diablo había conquistado Nassau. Lo hizo en sus propias narices, acercando el buque a la costa y recorriendo a nado la distancia que faltaba.

—Pero eso parece arte de brujería —le increpó un inglés—. No creo posible que pueda nacerse.

—Todo lo que ese hombre hace parece un milagro. Al amanecer, la ciudad estaba en poder de sus corsarios y el estandarte azul

ondeaba sobre Nassau.

Lord Fromby paseaba por su despacho, mientras sus capitanes le contemplaban en silencio.

—Esto no puede tolerarse —declaró—. Ese corsario ataca Port Royal, Norfolk y Jamestown, destruye cuantos buques le salen al paso y, para colmo, captura las Bahamas, a las que todos considerábamos inexpugnables. —Hizo una pausa, durante la que todos permanecieron callados, sin atreverle a responder—. Y no es eso lo peor, sino que el miedo comienza a apoderarse de nuestros hombres. Ayer, sin ir más lejos, hubo pánico en Port Royal porque corrió la voz de que unos pescadores habían divisado un galeón que enarbolaba el estandarte azul. Deben capturarlo. Si las libras que ofrecí no son suficientes, doblaré la cantidad, pero quiero que me traigan, vivo o muerto, como sea, a ese corsario y a su estandarte.

—Señor —objetó un capitán— es una empresa difícil y arriesgada. Ya sabéis que casi nunca se sabe por dónde anda el capitán Villegas y que el único lugar en donde aparece de cuando en cuando es en el puerto de Santo Domingo, que cuenta con muy buenas defensas.

—¡Por Jové! —rugió Lord Fromby— que ese corsario azul no se ha de burlar de nosotros.

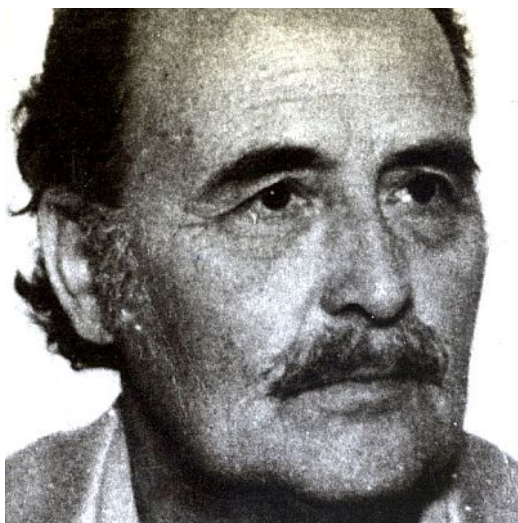
* * *

Morgan dio dos bufidos y descargó un puñetazo sobre la mesa de su camarote.

—Eso no se puede tolerar —gritó—. El Corsario Azul se ha apoderado de New Providence, despojándonos así de uno de los mejores baluartes para cortar el tráfico español en el Caribe. ¡Yo le ajustaré las cuentas a ese bergante! ¡Cuando caiga en mis manos, nunca más se volverá a hablar del Corsario Azul!

El apodo se extendió, de puerto en puerto, por todo el Caribe. Muy pronto «La Hermandad de la Costa» lo aprendió para maldecirlo y los españoles para tributarle su mejor homenaje. Y todos, amigos y enemigos, unieron sus esfuerzos para contar las glorias del Corsario Azul.

fin



Jacinto León-Ignacio Ruiz de Cardenas
(1919-1991):

H. Onson). Nacido en Barcelona, trabajó como redactor de la revista de cine Fotogramas colaborando también en El Correo Catalán, Algo Horizonte y TeleExpres. Fue un prolífico traductor entre otros de las obras de Hemingway y Jack London. Cultivó en la novela popular no sólo el género bélico sino otros como el Oeste y policiacas, firmando como León-Ignacio, J. León, J. Dixon, y Sterling Graham. Era el autor de la gran mayoría de las novelas de la colección Hombres del Oeste, de la editorial Clíper, y un buen número de títulos en otras colecciones como Pueblos del Oeste, también de Clíper, y en varias de las series dedicadas al western de Bruguera, donde también escribía como J. de Cárdenas en la colección Bisonte y en Servicio Secreto de Bruguera como J. Dixon y Sterling Graham. Con el seudónimo León-Ignacio publicó cuatro libros de tipo histórico, A ras de tierra, Corpus de Sangre, Los quinquis y Los años del pistolerismo en Barcelona. Ensayo para una guerra civil. La mayor parte de las novelas de la colección Bazooka se deben a su buena información sobre la Segunda Guerra Mundial. El cuidado que transparenta su información sobre los hechos que relata se nota en los numerosos pies de página para informar al

lector sobre las técnicas las tácticas de los contendientes. Acompaña un plano para poder seguir el acontecimiento que describe.

Notas

[1] Palabra española con la que se denominaba a un fortín de madera defendido por una empalizada de troncos. < <

[2] Antiguamente, fortín. < <

[3] En la actualidad, constituye un Monumento nacional en los Estados Unidos. < <

[4] Reina de los mares, en inglés. < <

[5] Véase «Aventureros del Mar». < <

[6] Véase «Diego “El Negro”». < <

[7] Véase «Tormenta sobre Yucatán». < <

[8] En aquella época, oficial de artillería. < <

[9] Los buques de los caballeros de Malta, que perseguían piratas berberiscos. < <

[10] Era costumbre en aquella época marcar a fuego candente a los enemigos del estado, a los criminales y a los rebeldes. En Francia los señalaban con una flor de lis, en Rusia les arrancaban las orejas, la nariz y la lengua o los señalaban con una B en la frente (buntavehik es rebelde en ruso), y en Inglaterra tenían una señal para cada crimen. Así los deudores eran señalados con una D y los esclavos fugitivos con F. T. (Fugitivo Traidor). < <